

ANT

XIX

1037

C/43
PZAS

- CUBIERTA ANTERIOR -

2 h. - 63 p.

- 3 LAMINAS

5/26

NECROPOLIS ROMANA
DE CARMONA
TUMBA DEL ELEFANTE

POR

D. MANUEL FERNÁNDEZ LÓPEZ

Vocal Secretario

DE LA

COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS

DE LA PROVINCIA DE SEVILLA

Segunda edición



SEVILLA

ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA

1899

NECROPOLIS ROMANA

DE CARMONA

TUMBA DEL ELEFANTE

25 cms

R-73.272



NECROPOLIS ROMANA
DE CARMONA
TUMBA DEL ELEFANTE

POR

D. MANUEL FERNÁNDEZ LÓPEZ

Vocal Secretario

DE LA

COMISIÓN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS Y ARTÍSTICOS

DE LA PROVINCIA DE SEVILLA

Segunda edición



SEVILLA

ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA

1899

Es propiedad del autor.



La prohibir los decemviros la inhumación y cremación de los cadáveres dentro de Roma propusieron los fines siguientes: impedir que los sacerdotes se amancillaran con el contacto ó la vista de los muertos; prevenir los incendios á que alguna vez dieron lugar las llamas de la pira—sabido es que el día de los funerales de Clodio las llamas de la hoguera comunicaron el fuego á la basílica Porcia que ardió por completo;—y evitar el viciamiento del aire con los gases y miasmas que la descomposición de los cuerpos tenía necesariamente que producir. La prohibición, sin embargo, no fué absoluta. Dentro de la ciudad podían inhumarse las vestales y los miembros de determinadas familias que habían prestado á la república servicios extraordinarios, tal sucedía, por ejemplo, con los Fabricios, Poblí-

colas y Postumios, en honor de los cuales bueno es advertir que nunca ó casi nunca utilizaron el privilegio, contentándose para perpetuar su memoria con hacer pasar por el Foro el cadáver del que de entre ellos moría, y ante la tribuna de las arengas el más próximo pariente, con la cara vuelta en señal de la pena que lo embargaba, metía y sacaba rápidamente una antorcha encendida debajo de las andas, como si en realidad tratara de pegarlas fuego.

Muda la ley de las XII tablas por lo que se refiere á la distancia que debía haber entre los muros de la urbs y los monumentos funerarios, es de suponer que cualquiera lugar fuera bueno para su emplazamiento. Y en efecto, así era. Cada cual escogía para última mansión de los suyos el sitio que más le agradaba, aunque casi todos buscaban los más visibles y frecuentados, unos, los menos, en testimonio de piedad y respeto hacia los difuntos y para que los transeuntes al verlos se acordaran de que eran mortales, y otros, los más, para hacer público alarde de poderío y de riquezas, ya que no de burlón excepticismo filosófico, sentimientos muy en armonía con el modo de ser de aquella sociedad materialista por excelencia. De ordinario levantaban los monumentos á orillas de las vías principales, lo más cerca posible de la ciudad ó adosados á las mismas puertas, y los adornaban con estatuas, columnas y bajo relieves del mejor gusto. De esta manera los muertos convertíanse en heraldos del orgullo y vanidad de los vivos, y los epitafios sepulcrales eran verdaderas biografías apologéticas en las

que el extranjero que llegaba á Roma podía aprender la historia pública y privada de las familias más distinguidas é influyentes y para el trato con las cuales aquella lección no resultaba perdida ni mucho menos.

En la Carma romana los monumentos funerarios estaban también fuera de la urbs, sobre los puntos más altos y visibles de la meseta rocosa que la domina por el sudoeste y alineados ó en grupo á uno y otro lado de la vía militar y de la destinada al servicio de las termas. Por lo que arrojan las excavaciones practicadas hasta hoy, la extensión superficial de la necrópolis debió ser un kilómetro cuadrado próximamente, con la extrema derecha en el Campo Real, hacia el sitio llamado la Calderilla, la izquierda en la huerta del extinguido convento de San Francisco y el frente representado por una línea alejada de la ciudad quinientos metros cortos, *mínimum* seguramente de la distancia á que los monumentos podían emplazarse supuesto que nunca se le ve franqueado. (1).

(1) En 1897, con motivo de la colocación de la tubería para la traída de aguas potables á Carmona, se calaron muchas calles del arrabal á la profundidad suficiente para descubrir tumbas ó sepulturas, de haber existido. Hasta los quinientos metros de los antiguos muros algunas se encontraron; pasado ese límite, ninguna. En la ciudad propiamente dicha ni rastro siquiera apareció de monumentos funerarios: en cambio, por la parte exterior de la plaza del abasto público, en la calle Maese Rodrigo—antes Santa Catalina—hubo un hallazgo de verdadera importancia, consis-

Esta separación de vivos y muertos no es para causar extrañeza, antes al contrario, debe apreciarse como el testimonio de una cosa que ya se sabía y que ha sido confirmada por los descubrimientos arqueológicos de estos últimos años, ó sea, que en cuestiones de higiene pública el municipio Carmonense regíase por leyes especiales basadas en antiguas costumbres del país, tanto más rigurosas en su aplicación cuanto más se alejan los tiempos. Para contrastar esta verdad no son necesarios textos escritos: basta la comparación de la distancia á que se encuentran de la urbs los enterramientos contemporáneos de las colonizaciones fenicia y cartaginesa y de la dominación romana: los primeros están á cinco y seis kilómetros, los segundos á un kilómetro el que menos y los últimos á quinientos metros escasos. Dígase lo que se quiera, esta gradación es el mejor elogio que puede hacerse de la cultura turdetana, perjudicada más bien que favorecida con las nuevas costumbres importadas del Lacio.

En las célebres tablas de Osuna, que contienen parte de las leyes dadas por César á la Colonia Genetiva Julia, se lee lo siguiente:

tente en un pavimento en mosaico de colores con grandes medallones representando las estaciones del año, obra tan bien acabada que nada desmerece de las mejores de su clase y tiempo. Uno de los medallones, encerrado en elegante marco, existe actualmente en la sala de sesiones de las Casas Capitulares; otro, incompleto, está en el museo de la necrópolis.

LXXIII. Nequis intra fines - oppidi - colonne
- qua - aratro — circumductum - erit - homi-
nem - mortuom — inferto - neve - ibi - huma-
to - neve - urito - neve - homi — nis - mortui -
monimentum - ædificato - Si quis — adversus
- ea fecerit - is - C - C - G - Iul - hs L⁰⁰D -
D - esto — eiusque pecuniae - cui - volet - Pe-
titio Persecu — tio exactioq - esto - Itque quot
— Inædi ficatum — erit - II vir ædil - ve - di-
moliendum - curanto - si — adversus ea - mor-
tuus - Inlatus - positusue - erit - expianto - uti
oportebit.

LXXIV. Nequis - ustrinam - novam - hubi
homo - mortuus — combustus - non - erit - pro-
prius oppidum - pas — sus - D - facito - qui - ad-
versus ea - fecerit - HS L⁰⁰ - C - C - G - Iul -
D - D - esto - eiusque - pecuniæ - cui volet - pe-
ti — tio - persecutioq. - ex - H - L - esto.

«Ninguno dentro del territorio de la ciudad ó de la colonia por donde pase el arado trasporte ningún hombre muerto, ni allí lo sepulte, ni lo queme, ni le edifique monumento alguno. Si alguien procediese en contra, sea condenado á dar á los colonos de la colonia Genetiva Julia quinientos sextercios y el que quiera tenga la petición, persecución y exacción de este dinero. Los duumvros ó los ediles cuiden de que sea demolido cuanto se edificare. Si contra lo dispuesto es llevado ó soterrado un muerto, háganse las purificaciones que correspondan.

«Ninguno haga Ustrina nueva donde no haya sido quemado hombre muerto, á menos de quinientos pasos de la ciudad. El que proceda en contrario sea condenado á dar cinco mil sex-

tercios á los colonos de la colonia Genetiva Julia y sobre este dinero el que quiera tenga por esta ley petición.» (1).

Ahora bien, coincidiendo el emplazamiento de las tumbas más próximas á Carmo y los quinientos pasos prescritos por César para construir en Urso ustrina nueva, se me ocurre preguntar: ¿serían las costumbres carmonenses las en que César se inspiró para la dicha limitación ó de ésta nacieron aquéllas? Me inclino á lo primero por las razones antes dichas al hablar de las tumbas contemporáneas de fenicios, cartagineses y romanos y muy especialmente porque en Carmona los enterramientos de la época republicana encuéntrase á mayor distancia de los muros que los correspondientes á los siglos primero y segundo de nuestra Era. De ser lo contrario, ni que decir tiene que los términos resultarían invertidos (2).

(1) Rodríguez de Berlanga, D. Manuel, Los nuevos bronceos de Osuna.

(2) Por la parte derecha de la necrópolis los monumentos funerarios se van aproximando á la ciudad á medida que corren los tiempos: los contemporáneos de Domiciano llegan á la huerta del extinguido convento de San Francisco, en tanto que los de la época republicana están quinientos metros más atrás, en el cercado que fué de Doña Carmen Osuna. De estos últimos se encontró uno muy curioso en 1876. Se componía de una fosa común, centro de un círculo perfecto, al extremo de cuyos radios había ocho pequeñas excavaciones conteniendo cada una la correspondiente urna cineraria. Registrada la fosa se vió que el cadáver en ella enterrado no había sufrido la cremación, mientras lo contrario ocurría con los restos guardados en las

Alrededor del que se cree circo - teatro, enclavado como es sabido en medio de la necrópolis, descúbrese los sepulcros familiares mayores, más ricos y suntuosos y los más instructivos por lo que se refiere al ceremonial observado en los banquetes fúnebres, ceremonial descrito mejor que en ningún libro en las tumbas llamadas del Elefante, del Olivo, del Columbario, de la Casa y de Nemesio, además de otras dos que han desaparecido, pero de las que se conservan señales en una línea anterior y paralela á las tres primeras, sobre el actual camino del Quemadero. Dichas tumbas contienen cuantos elementos son menester para formarse idea acabada de lo que era entre los béticos la coena feralis (1), ese epílogo curiosísimo

urnas. Otra particularidad: dentro de algunas de éstas se hallaron unguentarios; en el fondo de aquélla los huesos y nada más que los huesos. Mr. George Edward Bonsor cree que en la fosa central debió inhumarse algún caballero romano muerto durante el Gobierno de la república, época en que, por no haber aceptado la cremación los nobles y patricios, sólo iban á la pira los cadáveres de los esclavos y libertos, cuyas cenizas son seguramente las que están en las urnas de alrededor.

(1) La coena feralis era el último acto que se ejecutaba en los funerales para aplacar á los dioses manes: su nombre proviene de justa ferunt, hacer cosas justas.

Apuleyo dice que la coena feralis tenía lugar inmediatamente después de los funerales y que con ella se quería significar que aquel en cuyo honor y provecho se daba vivía aún, no obstante haber sido consumido su cuerpo por el fuego.

de los funerales paganos. Bien quisiera estudiarlas todas en esta ocasión, dedicándolas el espacio y cuidado que les son debidos; pero esa empresa exige tiempo de que no dispongo. Obligado á escoger una, opto por la del Elefante, cuya importancia arqueológica es extraordinaria y de la que sino fuese por miedo á ser tachado de topofilismo águdo diría que merece ocupar lugar preferente entre los mejores ejemplares conocidos dentro y fuera de España.

En rigor de verdad puede decirse que la tumba del Elefante fué descubierta en 1880, supuesto que en ese año se encontró al pie del camino del Quemadero, cerca del ángulo que formaban al unirse el campo de los olivos y el de los molinos de la corredera un corte hecho en la roca, de cincuenta centímetros cuadrados próximamente y uno de cuyos lados afectaba la forma de rampa. Al principio se creyó por todos que se trataba de una tumba á la que faltaba algún sillar de la bóveda. Pero no había tal cosa; aquello era simplemente el tragaluz del gran triclinio cubierto de que más adelante hablaré. Luis Reyes intentó en varias ocasiones reconocer el interior de aquella tumba que de manera tan rara se presentaba y hasta llegó á sacar algunos cientos de espuestas de tierra; mas pronto abandonaba el empeño, alegando que el sepulcro aquel era muy grande, que te-

«Exclamavit vivere hominem, procul ignes amolirentur, cenam feralem a tumulo ad mensam referrent.»

Apuleius, lib. IV Floridorum.

nía muchos departamentos y que se hacía preciso buscar por otro lado la verdadera entrada. El pobre viejo juzgaba la empresa demasiado difícil para él, se confundía y ahogaba en aquel laberinto subterráneo y todo su afán reducíase á darle largas al asunto. ¡Cuánta razón tenía Calabazo al querer huir de aquel lugar! Se trataba nada menos que del monumento de mayores dimensiones y el más acabado y completo de cuantos comprende la necrópolis. Convenidos por fin los directores de las excavaciones de lo penoso y entretenido que había de ser extraer por tan pequeña abertura la inmensa cantidad de tierra que la tumba contenía, suspendieron los trabajos y se llevaron de allí á Luís, esperando que la casualidad les proporcionara algún día lo que sus esfuerzos no pudieron lograr.

En el verano de 1885, con ocasión de abrir la zanja de deslinde entre el campo de los olivos y el de los molinos de la Corredera se encontró una escalera cortada en la roca, la cual se tomó desde luego por la entrada de alguna tumba, no obstante lo inusitado de su anchura, un metro justo, y el estar cubierta en parte por una bóveda de piedra. Seguida la excavación, se vió que terminaba en un gran patio descubierto, en cuya pared del fondo ¡quién lo había de decir! se abría una espaciosa cámara triclinaria que recibía la luz por una ventana situada encima de la puerta. Dicha ventana era la claraboya encontrada por Luís Reyes en 1880. Los propietarios de la necrópolis, Don Juan Fernández López y M. George Edward Bon-

sor, comprendieron que tenían á la vista un monumento de mérito extraordinario, resolvieron limpiarlo y llevaron á él sus trabajadores, que en poco más de ocho meses, desde Agosto del 85 á Marzo del 86, extrajeron mil cuatrocientos metros cúbicos de tierra y piedras.

Se baja á la tumba del Elefante por una escalera—*scala*—de diez peldaños empinados y estrechos, que terminan en un vestíbulo—*aditus*—de cuatro metros de largo por uno de anchura, abovedado en toda su extensión (1). Para seguridad y alivio del que bajaba ó subía había los correspondientes pasamanos de madera ó hierro, las grapas de los cuales fijábanse en los nueve agujeros que se ven en las paredes.

Al final del vestíbulo, sobre el muro de la derecha (2), hay cierta camarita de un metro cúbico de capacidad, que no es el lararium, como pretenden algunos, sino simplemente el departamento del portero—*cella ostiaria*—ya que no el del perro, su compañero inseparable. Y lo creo así por varias razones: por ser cosa averiguada que el lararium estaba en el atrio y no en el vestíbulo (3); porque los Lares eran

(1) En las casas romanas llamábase *aditus* el corredor ó vestíbulo que estaba inmediatamente después de la puerta exterior y en el que se encontraba el alojamiento del portero.

(2) Advierto una vez por todas que los términos derecha é izquierda los empleo siempre con relación al que entra en el monumento.

(3) En la teogonía romana los Lares figuraban en el grupo de los grandes dioses del cielo—*dii majorum*

las divinidades del hogar, al que tenían bajo su inmediata protección y del que no podían ser retirados so pena de abandono y desamparo de aquél, peligro á que ningún *pater familiae* habría querido exponerse por despreocupado que se le suponga; y porque tratándose de una tumba que reproduce la distribución interior de las casas bético-romanas, no se concibe la ausencia del portero—*janitor vel ostiarius*—esclavo encargado de atajar el paso al visitante, preguntándole quién era ó qué deseaba y permitiéndole ó nó entrar según la orden recibida del amo. Téngase en cuenta que si el portero era preciso en la ciudad, con mayor motivo debía serlo extramuros y en un monumento funerario, teatro de fiestas aparatosas y solemnes é incompatibles por su seriedad y sentimentalismo con la presencia de curiosos y extraños.

Acabado el vestíbulo empieza el atrio—*atrium vel aula*—de forma cuadrada y metros 11'50 de lado, completamente destechado hoy, elevado bastante sobre el nivel del piso y dividido á la mitad por un camino cortado en la roca, bordeado de zanjas anchas y profundas, en lo antiguo rellenas de tierra y sembradas de plantas trepadoras. A estas zanjas les cuadra

gentium—y la familia adoraba en ellos los manes de sus antepasados. Representábanse ordinariamente por estatuillas de oro, plata, piedra, bronce ó cera coloreada y se les exponía en el atrio vestidos con pieles de perro y coronados de flores en los días de gran solemnidad para la familia. Al pie de los Lares se ponía una especie de cartel en el que constaban las acciones gloriosas realizadas por el personaje representado.

bien el nombre de *impluvium*, pues ocupan el mismo lugar que los clásicos señalan á éste en las casas romanas, bien que su destino no fuera recoger las aguas pluviales, por que la tumba estaba cubierta, y sí absorber y reconducir al pozo las sobrantes del riego (1). Limitando las zanjas por la parte exterior corren gruesos muros que, á no dudar, sostuvieron las columnas del peristilo, de las que se conservan aún algunos trozos.

Al final del —*pseudo impluvium*—cerca ya del archivo—*tablinum*,—hay señales de una puerta que daba acceso á el ala derecha del atrio, en cuya primera mitad encontráronse enterradas en el suelo algunas urnas de piedra berroqueña. Esta circunstancia y la no menos significativa de abrirse allí cerca la cámara funeraria autorizan á creer que en aquel lugar fué el enterramiento de los libertos, pues sabido es que éste hallábase casi siempre inmediato al de los amos, como protegiéndolo ó dándole guardia de honor.

La puerta de la cámara funeraria está en el muro del norte, es baja y estrecha—un metro de altura y setenta centímetros de ancho—y á semejanza de otras encontradas en la necrópolis, la de Prepusa, por ejemplo, debió cerrarse

(1) Hoy mismo, en los días de grandes lluvias, hay ocasiones en que las zanjas rebosan agua, pero á la media hora de cesar de llover quedan enjutas por completo, siendo fácil comprobar, pasado cierto tiempo, que el líquido, absorbido y filtrado por la roca, ha ido á engrosar el caudal de los pozos inmediatos.

con una gran piedra que no ha parecido. El recinto interior mide dos metros setenta centímetros de largo por un metro cuarenta y cinco centímetros de anchura y sólo contiene seis hornacinas, dos en la pared de la derecha y cuatro en la del fondo. En la bóveda se adivinan mejor que se perciben algunas señales de pinturas—líneas rojas y verdes—aunque á decir verdad son tan pocas y confusas que es imposible precisar detalles. No se ven allí ni flores, ni pájaros, ni peces, ni nada de lo que constituye la decoración de otras tumbas de la necrópolis; pero ello no significa que no existieran.

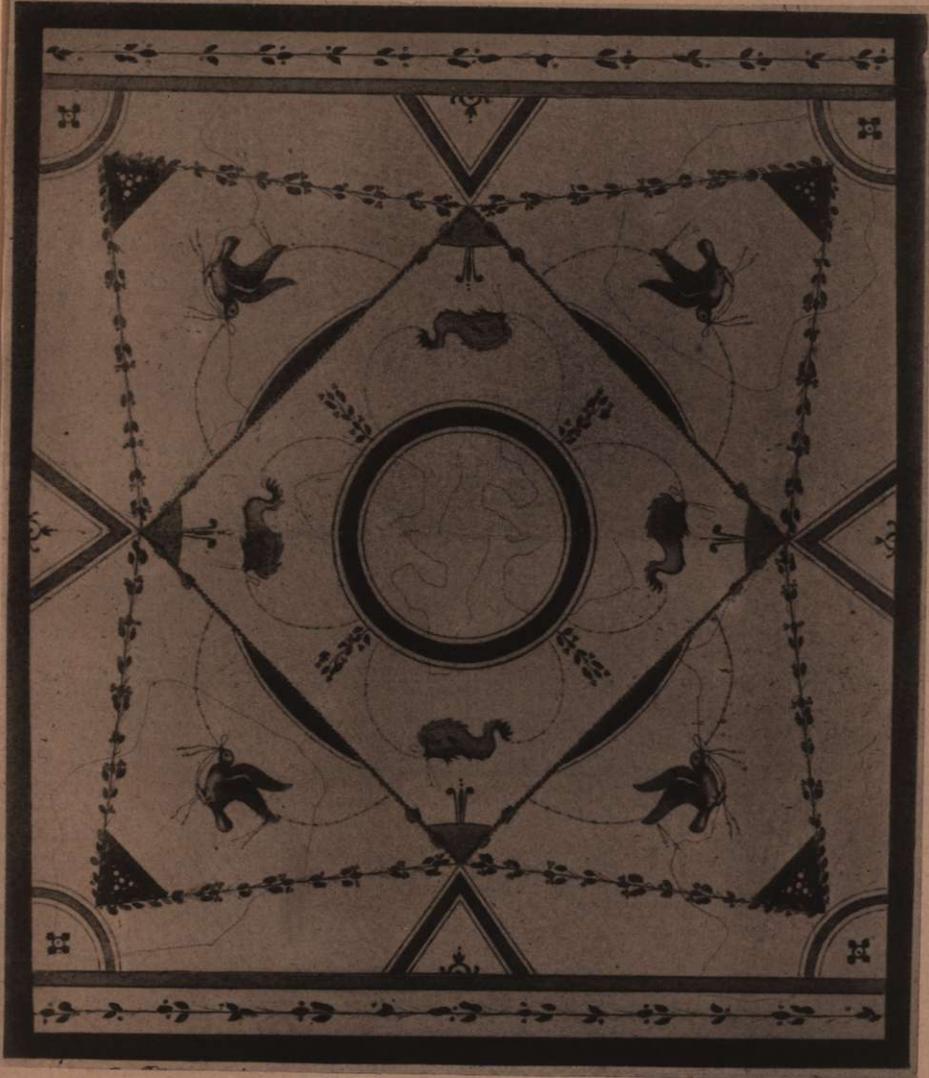
Y ya que de pinturas sepulcrales me ocupo, bueno es advertir que los colores que predominan en las de Carmona son el verde, el rojo, el negro, el blanco y el morado, preparados respectivamente con el óxido de cobre, el sulfuro de mercurio, el óxido de hierro, el carbonato de plomo ó de cal y el óxido de manganeso, á menos que las tres primeras tintas sean la resultante de los cambios de coloración que el óxido de hierro sufre con el transcurso del tiempo, pues sabido es que de negro pasa á verde y después á rojo.

Las pinturas de algunos techos son de primer orden, lo mismo en composición que en ejecución: en su clase—el temple—las hay que nada tienen que envidiar á las descubiertas en Pompeya. Para muestra, y es bastante, pondré aquí la descripción de las del sepulcro de Quinto Postumio, únicas encontradas con la firma del autor, *C. Silvanus*.

La totalidad de la bóveda hállase compren-

dida en un gran cuadrado rojo, en el que se notan las particularidades siguientes: en cada uno de los ángulos hay un cuarto de círculo ó medida del ángulo, formado por tres líneas curvas, de las cuales la de enmedio, de color azul, es más ancha. En rigor de verdad pudiera decirse que estas tres curvas son tres cuadrantes concéntricos en uno ó un cuadrante de tres círculos concéntricos. Cada uno de ellos lleva en el centro una flor rosácea de cuatro pétalos. En la parte media de cada uno de los lados del cuadrado hay un triángulo equilátero, cuya base la forma la faja de color rojo. Estos triángulos están constituidos también por tres líneas paralelas entre sí, circunstancia que hace el que cada uno resulte compuesto de tres triángulos concéntricos, idea que indudablemente fué la que se propuso representar el dibujante, supuesto que la faja roja de la base, es igual en anchura al espacio comprendido entre las líneas que forman los otros lados. De estas tres líneas, la de enmedio, color ocre, es la más ancha. Correspondiendo á la base, y en oposición al ángulo del vértice, se encuentra una al parecer alegoría, consistente en un semicírculo rojo, de extremos ranversados, y de cuya parte media ó superior sale una luz ó llama.

Contenido en el cuadrado primero ó más exterior se halla un segundo, cuyos lados presentan un ligero encurvamiento hacia adentro, siendo mayor la curvatura en la parte media, esto es, en el punto correspondiente al vértice de los triángulos ya descritos. Los lados de este cuadrado están formados por una guirnalda



NECRÓPOLIS ROMANA DE CARMONA
TECHO DE LA TUMBA DE Q. POSTUMIO

compuesta de hojas y frutos redondos y rosados. ¿La sabina? En los ángulos hay un pequeño triángulo constituido por líneas de color rosa, luciendo en el centro una florecilla de cinco pétalos. Dos de los lados del triángulo los forman los lados del cuadrado.

Descriptos los cuadrados primero y segundo, queda el tercero ó más interno. Los ángulos de éste corresponden á la parte media de los lados del anterior, resultando, en consecuencia, cuatro espacios triangulares ocupados por otros tantos pájaros que llevan en el pico y las patas ramillas de una planta muy común en el campo de la necrópolis y conocida vulgarmente con el nombre de *amores*. Este cuadrado cubre á un círculo rojo, del cual se ven únicamente cuatro arcos pequeños, cuyas cuerdas son los lados del cuadrado. En los ángulos, y sobre una al parecer maceta, se descubre un pistilo y dos estambres, el símbolo de la generación, y frente á ellos un delfin que sujeta con la boca la misma ramita de *amores*. Esta termina por sus dos extremos en un último círculo central, compuesto de tres curvas concéntricas á tres círculos de la misma clase. Como sucede siempre que aparecen las tres líneas curvas, la de en medio es la más ancha, si bien aquí están cambiados los colores: la del centro es roja y azules las otras dos. Finalmente, en el círculo más externo y en el mismo sitio en que terminan las dos ramitas que parten de la boca y región abdominal de los delfines se observa un adorno igual ó muy parecido á la guirnalda que forma el segundo cuadrado.

En la parte media del muro que limita el atrio por el lado del oriente se abre una doble cámara subterránea, cuyo compartimiento primero está rodeado de un podio bajo y en el centro conserva los restos de un pedestal tallado en la roca, con noventa centímetros de largo, sesenta y cinco de ancho y quince de alto, sobre el que es probable descansara alguna divinidad infernal. El departamento interior, al que se entra por una puerta baja y estrecha, alcanza con dificultad dos metros cuadrados y presenta de notable el pequeño nicho situado á la derecha y por bajo del podio, verdadero escondite en el que debió guardarse algún objeto de extraordinario valor. Y le llamo escondite porque, á juzgar por ciertas señales, el dicho hueco estuvo tabicado y recubierto exteriormente con raspaduras de la roca, procedimiento igual al empleado en otra tumba encontrada cerca del triclinio del Olivo, la que tenía una hornacina cerrada con piedras y arena, tan bien estudiada y con tal arte hecha la operación, que sin el auxilio de la casualidad nunca se la hubiera descubierto.

La puerta de comunicación entre ambas cámaras oculta otro secreto no menos curioso y digno de estudio. Fijándose un poco, se ve prontamente que el dintel y las jambas no cogen todo el grueso del muro divisorio. Por detrás de las segundas, inmediato al umbral y en la parte no alisada de la roca hay dos á modo de hendeduras, destinadas á recibir la gruesa plancha de madera ó piedra que hacía las veces de compuerta; en el tercio superior entraba

otra igual, sostenida y reforzada por una aldaba movable de derecha á izquierda; el espacio vacío que entre ambas quedaba ocupábalo una tercera cuyos medios de fijación no se me alcanzan. Con tal cerramiento el hueco de la puerta convertíase en un gran nicho cuadrilongo que, estucado y quizás pintado—de la primera operación conserva vestigios—formaba juego con la hornacina de la estatua, á la que estaba frontero, y servía admirablemente para despistar á curiosos y ladrones, si este era el fin perseguido.

¿Cuál pudo ser el destino de esta especie de camarín, tan cuidadosamente protegido y con tanto ingenio ocultado? Confieso que no lo sé; aunque, si he de decir la verdad, paréceme que fué un sagrario—*sacellum*—en el que se guardarían los simulacros de los dioses y las armas y vasos de que el sacerdote necesitaba en los sacrificios (1).

(1). Los vasos principales usados en los sacrificios eran: el *præfericulum*, pequeño jarro con la boca en forma de pico de pájaro; la *acerra*, caja para el incienso; el *thuribulum*, incensario; el *simpulum* ó *simpulum*, especie de cuchara de mango encorvado para sacar el contenido de los vasos de boca estrecha; el *guttus*, vaso de cuello y boca muy estrechos que servía para derramar el vino gota á gota; y la *patera*, empleada en las libaciones y para recoger la sangre de las víctimas.

El banquete fúnebre empezaba siempre con un sacrificio á las divinidades infernales, á fin de desagrarlas y que se mostraran benévolas con los manes del muerto. El ceremonial de esos sacrificios era cu-

La segunda mitad del lado derecho del atrio la llena el triclinio de los Huertos, llamado así

rioso por demás. He aquí un ligero croquis del mismo: Concluidos los funerales, los más próximos parientes del difunto, acompañados del sacerdote, vestidos de negro y previamente purificados, para lo que les bastaba echar agua sobre su cuerpo, rodeaban el ara ó altar que estaba colocado en el centro del atrio de la casa, si la fiesta se celebraba en la ciudad, ó en sitio preferente del interior de la tumba, si tenía lugar en la necrópolis.—En los monumentos funerarios carmonenses el ara, cuando existe, es de piedra, en una sola pieza, aislada del todo, de forma cuadrada y próximamente de ochenta centímetros de altura. Si el patio del sepulcro es pequeño, como sucede en Prepusa y el Columbario, el ara suele estar á un lado y arrimada á la pared, pero nunca adosada á la misma por completo. En el centro de la cara superior presenta una concavidad para el fuego sagrado.—

Cada cual en su puesto y encendido el fuego en el altar, el sacerdote y los asistentes decían las oraciones de rúbrica, durante las cuales debían tener la palma de las manos mirando á tierra, á la que pateaban. Terminado el rezo, los ministros llamados *popæ*, con el vestido arremangado y desnudos de medio cuerpo arriba, acercaban la víctima que debía ser negra y sin mancha ni defecto, para lo cual se la escogía con antelación en el mismo rebaño ó manada. La cuerda á que estaba atado el animal debía quedar floja para que no pareciese que era violentado, porque se habría mirado como de mal presagio; por esta misma razón á la víctima se la dejaba libre delante del altar, porque el que huyese se habría tenido por malísima señal.

Así las cosas, se imponía silencio á los concurrentes con la fórmula *favete inguis*—atención;—se tomaba una torta salada, hecha de harina y miel, la que se bañaba con vino encima de la cabeza de la víctima—*impergebatur*—y en el testuz del animal, entre los cuer-

por los estrechos arriates que lo rodean, formados con losas—*tegulae*—clavadas en el suelo. Los lechos, los canales de libaciones, la mesa y el ábaco ó aparador—*abacus*—todo es de construcción y revestido de estuco (1). El canal

nos, se echaba vino mezclado con incienso.—Al limpiar el Columbario—triclino se encontró detrás del altar, entre éste y el muro, un *guttus* elegantísimo de vidrio policromo, que se conserva en el museo de la necrópolis y que debió servir para verter gota á gota el dicho vino aromatizado.—El sacerdote probaba el vino y se lo daba á probar á los que estaban á su alrededor, todos y cada uno de los cuales después de gustarlo debía volver la mano y derramar el contenido de la copa al lado izquierdo: á esto se llamaba libación. En seguida el sacerdote le arrancaba á la víctima los pelos más largos de entre los cuernos y los echaba en la lumbre y luego el *cultrarius*, otro de los ministros, preguntaba *¡agone?* y cuando el sacerdote contestaba *«hoc age,»* degollaba al animal metiéndole el cuchillo por debajo del cuello, de abajo á arriba—*supponebatur*—La sangre iba á un foso que estaba cerca del ara. Concluido el sacrificio, el sacerdote se lavaba las manos, rezaba ciertas oraciones, hacía una nueva libación y despedía al concurso diciéndole: podéis retiraros.—*ilicet*.—Adam, Antigüedades romanas, tomo 2.^o

Las familias ricas casi nunca sacrificaban una víctima sola; por lo regular eran varias, reservándose la parte que calculaban necesitar para el banquete y repartiéndolo al pueblo lo demás. A este donativo de carne cruda llamábanle *visceratio*.

(1). La mesa que servía para comer se llamaba *cibilla* y era cuadrada. *«Mensam scariam cibillam appellabant, ea erat quadrata.....»* Varro de lingua latina, lib. IV.

El ábaco ó aparador—*abacus*—era una mesa peque-

correspondiente al *lectus summus* tiene en la parte anterior un conducto que lo perfora por completo, destinado á fijar el tubo—*fistula*— que servía para recoger el líquido de las libaciones (1). Delante del *lectus imus* se ven se-

ña, fija ó portátil, que se colocaba inmediata al triclinio y en la que se exponían los vasos en que habían de beber los convidados, según se comprueba por las siguientes palabras de Juvenal y de Plinio: «Prócula el menor fué obsequiado por Codro con seis vasitos para adorno del ábaco.»

Lectus erat Codro Prócula minor, urceoli sex ornamentum abaci.

Juvenal, sat. III.

«Pompeyo, después de los triunfos conseguidos contra los piratas del Asia y Ponto y los reyes y gentiles, se apoderó de tres lechos tricliniarios y de los nueve vasos de oro y piedras preciosas que existían en los ábacos.»

Pompeium in triumpho, quem egit de Piratis, Asia, Ponto, regibusque et gentibus, attulisse lectos tricliniarios tres, vasa ex auro et gemmis novem abacorum.

Plinius, lib. XXXVII. cap. II.

Cicerón habla también del ábaco y de los vasos que en él se exponían. Dice así:

«Quitó de él todos los vasos que se hallaban expuestos sobre el ábaco.

Ab hoc iste abaci vasa omnia, ut exposita fuerant, abstulit.

Cicero in Verrem, lib. IV

(1). Las libaciones se hacían durante el banquete fúnebre echando vino en un vaso, por lo regular de forma cónica—*rithum*— y dándolo á beber al que ocupaba el puesto principal en el *lectus medius*; de este pasaba el vaso—no el mismo, puesto que cada convidado tenía el suyo, como puede verse en la pintura mural de la tumba llamada del Banquete—pasaba, repito, á los

ñales de construcción, restos quizás de la grada de dos peldaños por la que se subía al tricli-

demás por escala descendente de categoría, hasta llegar al que estaba en el sitio más inferior del *lectus imus*.

Cada comensal bebía según su afición y resistencia á los efectos del vino. La generalidad consumía un sextario, equivalente á la cuarenta y ocho ava parte de la cántara; los pocos fuertes un sextante, ó sea una copa que contenía seis veces el ciatho, igual éste á la cantidad de líquido que se podía beber cómodamente de un trago, que era cuatro cucharadas; y los vigorosos y acostumbrados al vino una medida de once onzas. El que libaba, una vez consumida la cantidad que apeteciera, volvía la mano y vertía la copa al lado izquierdo, arrojando el sobrante en el canal que bordeaba la mesa, de donde era extraído más tarde para derramarlo en la cámara funeraria.

El vino usábase templado ó refrigerado, según las estaciones, para lo cual lo mezclaban con agua caliente ó enfriada con nieve. Hablando de ambas cosas dice Marcial: «No beber nieve, pero sí beber el agua helada con la nieve, es una sed ingeniosa y fingida». —«El convidado me encontrará después de haber mezclado las cinco onzas; mas antes de templar el cáliz se cuidará de colocarse.»

*Non potare nivem, sed aquam potare rigentem
De nive commenta est ingeniosa sitis.*

*Me conviva leget misto quimeunce; sed ante
Incipiat positus quam tepuisse calix.*

Martialis, lib. XII.

Las libaciones eran á veces tales y tantas que los convidados se embriagaban y el acto terminaba en una orgía con todas sus consecuencias. Bien claro lo dice Esopo: «Las mezclas vinosas eran tres; primera, la del deleite; segunda, la de la ebriedad; y tercera, la de la injuria.»

Plutarco Simposiaco se ocupa también de las consabidas mezclas, pero las describe de una manera más

nio, aunque es tan poco lo que queda que no me atrevo á asegurar lo que aquello significa.

elegante. Las compara á tres consonantes musicales: *Hemiolum*, cuando á tres partes de agua se añadian dos de vino; *Diatessaron*, cuando á tres partes de agua se añadía una de vino; *Diapasón*, cuando una parte de vino se añadía á dos de agua.

San Agustín es más explícito. Refiriéndose á los malos cristianos que fieles á las prácticas gentílicas celebraban banquetes fúnebres y se emborrachaban en ellos, se expresa así: «He conocido muchos que han sido adoradores de los sepulcros y de las pinturas. He conocido á muchos que han bebido con demasiado exceso sobre los muertos, y ofreciendo comidas ó banquetes á los cadáveres, sobre los sepultados ellos mismos se sepultan, y atribuyen á la religión sus voracidades y ebriedades.»

Novi multos esse sepulcrorum et picturarum adoratores. Novi multos esse luxuriosissime super mortuos bibant, et epulas cadaveribus exhibentes, super sepultos se ipsos sepeliant et voracitates ebrietatesque suas deputent religioni.

Sancti Agustini, de moribus Ecclesie Catholice, cap. XXXIV.

A estos excesos orgiásticos aluden también las siguientes palabras de Horacio: «Lánguido ya y sin fuerzas, apóyase sobre el codo en los convites.»

Languidus in cubitum jam se conviva reponit.

Horatius, lib. I, Od. XXVII.

Y este otro apóstrofe del mismo: «Mitigad el clamor, ¡oh compañeros! y permaneced en la mesa con el codo apoyado.»

*Lenite clamorem sodales,
Et cubito remanete presso.*

Horatius, ibidem.

Los vasos más comúnmente empleados para las libaciones eran: el *calix*, copa poco profunda, con asas y

Sea lo que quiera, es indudable que la grada, de madera ó mampostería y fija ó portátil, estuvo allí, pues tal lugar le asignan los clásicos y en

pie bajo; el *rithum*, vaso en forma de cuerno; el *poculum*, vaso con el cuerpo y la base más ó menos redondeados y el cuello corto; el *zimbium*, copa con dos asas, el *sinus*, especie de taza más ó menos redonda y con asas ó sin ellas; y el *sciphus*, imitación del *sinus*, pero con dos asas. Para llenar los vasos se usaba el *ciatho*, copa chiquita con un asa, muy parecida al *calix*, con la que se sacaba del *cráter* el vino puro ó ya mezclado con agua.

En la necrópolis de Carmona se han encontrado vasos de libaciones en cantidad muy grande. Hay muchos de barro, de los llamados saguntinos, delgados como el papel y con adornos exteriores muy variados, piñas, hojas de loto, conchas, etc. Otros son de vidrio, generalmente policromos, y algunos de factura elegantísima y con incrustaciones y adornos en relieve. Entre estos últimos descuella un *sinus* de color verde pálido, que tiene en la panza, entre dos filetes y á modo de faja, la representación completa de una lucha de bustuarios, ó sea, desde el momento de empezar á combatir al en que uno de ellos cae en tierra.

En tiempo de Tiberio comenzaron á usarse en Roma los vasos de vidrio, en sustitución de los de Sagunto que habían monopolizado hasta entonces las mesas ricas; pero pronto fué prohibida su fabricación y venta para que no desmereciera el precio de los metales, como el bronce, la plata y el oro. En los días de Nerón volvió á estar en boga la fabricación del vidrio, que empezó produciendo dos modestos cálices vendidos en el fabuloso precio de seis mil sextercios ó quince libras de plata.

Los clásicos hablan, como de cosa que llamaba la atención, de un cáliz de vidrio con cuatro caras á manera de nariz que poseía el zapatero Vatino y del que dicen Juvenal y Marcial: «Tú, que llevas el nombre de

él la tienen en efecto otros triclinios de la necrópolis (1).

Súbese á el ala izquierda del atrio por una grada de dos escalones cortados en la roca, que interrumpen el *impluvium* á la mitad de su trayecto y llevan directamente á un baño—*balneum*—grande y rectangular, excavado en el suelo y revestido con el cemento duro é im-

zapatero de Benevento, apurarás el cáliz de las cuatro narices.»

*Tu, Beneventani sutoris nomen habentem,
Siccabis calicem nasorum quatuor.*

Juvenal, sat. V.

«Recibe el cáliz del zapatero Vatino, como modesto obsequio: mas aquella nariz fué más larga.

*Vilia sutoris calices monumenta Vatini
Accipe: sed nasus longior ille fuit.*

Martial in disticho.

(1) Al triclinio se subía por una grada de dos escalones: el primero se llamaba escabel; y el segundo, más alto, escaño.

Qua simplici scansione scandebant in lectum non altum, scabelum: in altiore, scannum: Duplicata scansio gradus dicitur.

Varro, de lingua latina, lib. IV.

El que subía al triclinio debía hacerlo adelantando el pie derecho, considerándose de muy funesto augurio el empleo del izquierdo. Para evitar todo olvido ó distracción se ponía en la puerta de la cámara tricliniaria un esclavo que decía al que se disponía á montar en el triclinio, como el *janitor* ó portero al que entraba en la casa: «¡con el pie derecho!»

Exclamavit unus expueris, qui super hoc officium erat positus: ¡dextro pede!

Petronii, Satyricon XXX.

permeable llamado *opus signinum* (1). El baño tiene en uno de sus frentes más estrechos un podio destinado á servir de asiento al bañista mientras los esclavos—*aliptæ*—lo lavaban y frotaban con el rascador—*strigilis*—para quitarle el polvo que el sudor le hubiera adherido, operaciones de rúbrica que bajo la dirección del balneator debía hacerse á todos los comensales. El frente opuesto avanza hasta una hornacina monumental—2 metros de alto, 1 de profundidad y 1'35 de anchura—en cuyo fondo destácase tallada en gran relieve y en actitud sentada una figura humana, tamaño natu-

(1) Obra signina se llamaba el suelo de cisternas, lagos artificiales, arcas de agua, acueductos, baños y demás receptáculos. Se hacía de argamasa compuesta de cal, arena ó puzolana, polvos de ladrillos y casquijo de ladrillo cocido en vez de piedra. Constaban estos suelos de varias capas de dicha mezcla, sin otra diferencia que la de tener la inferior casquijos de ladrillo cocido más grandes que las superiores; de manera que estaban graduadas con mucho discernimiento. La capa superior inmediata al agua era de un estuco finísimo, en que parece entraban polvos de mármol en lugar de arena y puzolana, bien que acompañados de polvos de ladrillo cocido muy finos.

Llamábase obra signina porque en sus principios el ladrillo que en ella entraba era de Signia (antigua ciudad de los Volscos á 8 leguas de Roma, hoy llamada Segni ó Señi) muy apto para tales obras por su mucha cochura. Posteriormente se compuso también la obra signina de cualquier otro ladrillo, y aún de piedra menuda dura é irregular, como la estructura cementicia arriba esplicada.—D. Joseph Ortiz y Sanz, Comentarios al tratado de Arquitectura de M. Vitruvio Polion—Madrid, 1787.

ral, que viste túnica corta, sin mangas y sujeta á la cintura con un ceñidor—*cingulum*.— Para subsanar los defectos propios de la piedra en que se labró la estatua, y quizás también para dar á ésta rasgos más salientes y visibles á fin de avivar la impresión en el que la hubiera de contemplar, especialmente si era niño ó mujer, revistiéronla con una fina capa de estuco y la pintaron luego: de ambas operaciones conserva las señales. En la actualidad le faltan la cabeza y parte de una pierna y tiene en la mano izquierda una especie de redoma *zampulla*? en la que parece verter el contenido de algo que lleva en la derecha.

Para algunos es dudoso que esta figura colocáranla allí con un fin puramente decorativo. Por lo que á mí respecta, la duda no existe, antes bien, reconózcole desde luego un simbolismo adecuado al lugar en que se encuentra y al papel que en determinadas ceremonias debía desempeñar. ¿Por ventura, no es cosa olvidada de puro sabida que la ornamentación de un monumento cualquiera se inspira siempre en motivos armónicos con la índole y destino del mismo? Compárense, sino, las casas particulares, especialmente las de campo *-villæ-* y las tumbas romanas. En las primeras todo es alegre y risueño, todo habla á los sentidos é invita á gozar los placeres de la vida; en las segundas, por el contrario, todo es fúnebre y sombrío y entristece el ánimo, recordando de continuo la idea de la muerte. En este supuesto ¿qué significa la figura en cuestión? Ni lo sé, ni espero saberlo nunca. Y no por falta de ganas y tesón en la

pesquisa, pues hubo un tiempo en que verdaderamente obsesionado paséme las horas enteras sentado en el podio del baño esperando el rayo de luz que despejara la incógnita. ¡Que si quieres! El secreto estaba tan bien guardado que todos mis esfuerzos resultaron inútiles.

Suponiendo que el objeto de la mano izquierda sea una bolsa, más de una vez pensé si el simulacro pertenecería á Mercurio, divinidad que los antiguos creían en comunicación con vivos y muertos, encargado como estaba de conducir á los infiernos las almas de los que morían. Pero la ilusión duraba poco. Bastaban á desvanecerla las consideraciones siguientes: que en la pierna que se conserva no hay señales de las alas características -del petaso no es preciso hablar habiendo desaparecido la cabeza;- que la posición de los brazos, sobre todo el derecho, no es la propia del que saca ó mete dinero en un bolso; y que no conozco ningún Mercurio vestido en actitud sentada: á este dios, protector de los viajeros y comerciantes, se le representa siempre andando. (1)

(1) En la obra intitulada *Le antiquité di Ercolano*, tomos 2.º y 5.º de los broncees, tablas 14 y 15, puede verse la reproducción de una estatua que representa á Mercurio desnudo y sentado sobre un risco en lo alto de un monte, que se cree sea el Cillenio, en Arcadia, en donde, según la tradición, el dios nació, se crió y educó.

En la colección de mi buen amigo, el distinguido numismata y arqueólogo, Dr. D. Francisco Caballero Infante, existe un Mercurio de bronce, en pie, no desnudo, como es costumbre representarlo, ni con la pénu-

En otras ocasiones figurábame tener delante algún ilustre miembro de la familia Ælia, la propietaria de la tumba á juzgar por un pedazo de lápida encontrado en el pozo (1), probablemente un republicano cualquiera para los extraños, pero un personaje con seguridad para los suyos, que quisieron honrarse y honrarlo colocando su efigie en lugar tan visible y preferente. Y digo republicano por la túnica sin mangas que la figura viste, prenda que se gastó así hasta los tiempos de Sila, quien es fama se burlaba de César porque la llevaba mal ceñida y guarnecidos los puños con un galón—*ad manus fimbriatæ*.—Si he de ser franco, esta suposición tampoco me satisfacía, porque ¿cómo admitir que una familia genuinamente romana y con honor consular por añadidura pudiera au-

la ó capotillo al hombro, como se le ve otras veces, sino vistiendo túnica corta, flotante y sin mangas. Fué encontrado en Sagunto.

(1) La familia Ælia era plebeya pero con honor consular. La primera moneda que se conoce es la de *Publius Ælius Pætus*, cónsul en 553—201 antes de Cristo—en unión de *Cneus Cornelius Lentulus*. Hay otras monedas acuñadas por *Quintus Ælius Lamia*, *triumvir* monetario bajo Augusto, juntamente con *Silius y Annius*.—*H. Cohen*, medallas consulares.

Individuos de esta familia, unos con el carácter de funcionarios públicos y otros sin él, suenan en monedas acuñadas en la España ulterior, por ejemplo, C. Aelio, en una pieza de *Onuba* y en otra de *Ursone*; Lucio Aelio Seyano, cónsul en Roma en tiempo de Tiberio, como duumviro monetario en una de *Baelo*; y Q. Aelio Próculo y M. Aelio Maxumo, como duumviros monetarios también, en las de *Onuba*.

torizar la representación de uno de los suyos con la vestimenta propia de los esclavos y extranjeros? Aberración semejante no se concibe en hombres que juzgándose superiores á los demás en todo y por todo, habríanse creído rebajados al vestir un traje que no era el suyo. No hay que olvidar, en efecto, que la toga fué en todo tiempo el traje obligado de la gente latina, que la llevó siempre y en todas ocasiones, particularmente en público, con orgullo y vanagloria, convencida de que ella sola bastaba para acreditar la prestigiosa cualidad de *cives romanus*.

En mi deseo de solucionar el enigma y parando atención en ciertas particularidades que el monumento ofrece, por ejemplo, la presencia del elefante en el vestibulo de ingreso al gran triclinio, llegué á creer, por último, que los dueños de la tumba eran de abolengo africano y la misteriosa estatua la representación de algún *homo tuniatus*, como en són de desprecio llamaban en Roma á los cartagineses. Confieso que esta hipótesis me alagaba y continúa alagándome á pesar de los reparos que pueden oponérsele. Es muy posible que sea equivocada: más aún, no me sorprenderá que lo sea, pero mientras otra mejorno se presenta seguiré considerándola la más verosímil.

Escrito lo que precede llega á mis manos un ejemplar de la Revista Arqueológica de París en el que Mr. A. L. Delattre da cuenta de las excavaciones practicadas por él en terrenos de la antigua Cartago y de los resultados obtenidos. Hablando de los epitafios sepulcrales allí

encontrados hace mención de un bloque de piedra parecida á la de Carmona—marga caliza blanda, algo conchiforme y de ojo grueso—extraído de un cementerio—por él ó por otro, que ese particular no resulta claro—y tallado por ambas caras. En una de ellas muestra en alto relieve la mitad superior del cuerpo de un personaje de grave mirar y con la cabeza cubierta con un velo: en la otra lleva, también en relieve, la imagen de una mujer sentada y con un niño tendido sobre las rodillas. Las dos figuras están recubiertas de una delgada capa de estuco que permitió al artista acentuar los detalles. La figura de mujer conserva señales de pintura. A la comunicación antedicha acompaña el dibujo de las dos figuras hecho por el marqués de Anselmo. La del hombre, que es para mí la interesante, viste de toga y con la mano derecha, levantada al nivel de la región precordial, fija el cuello de un vaso que parece sostener con la izquierda (1).

(1) On peut rapprocher de ce monument funéraire une autre pierre de même nature (*tuf coquillier*) à double face ornée. D'un côté se voit, en haut relief, la moitié supérieure d'un personnage au visage grave, la tête recouverte d'un voile. Ce doit être une statue funéraire. Sur l'autre face, dans un cartouche à sommet légèrement arrondi, on voit, également en relief, l'image d'une femme assise tenant un enfant étendu sur ses genoux. Ces deux représentations sculptées dans un tuf grossier ont été recouvertes d'une mince couche de stuc qui a permis à l'artiste d'accentuer les détails. Ces reliefs ne manquent pas d'art. celui de la femme assise conserve des traces très visibles de peinture.

Mi querido amigo, el ilustrado arqueólogo D. Jorge Bonsor, en un libro actualmente en prensa se ocupa también de la figura existente en la tumba del Elefante y dice de ella que le parece una reminiscencia de los tiempos cartagineses, por la semejanza que tiene con las estelas encontradas en Cartago, estelas que el R. Padre Delattre hace remontar á las postrimerías del período púnico ó al principio de la ocupación de Africa por los romanos. (1).

Después de lo expuesto excuso decir que se afirma mi creencia en el abolengo africano de la estatua del baño, cuyo parecido con la de la estela funeraria del explorador francés Mr. Delattre no puede ser mayor, salvo el detalle del traje que si algo monta bajo el punto de vista

Cette interessante pièce, assurément très ancienne, a été trouvée renversée et noyée dans une construction du cimetière.—Revue Archéologique, Juillet-Aout 1898, Paris.

(1) Au dessus d'un bacin attenant au triclinium d'été, on aperçoit dans une grande niche, ouverte dans la paroi de la cour, une figure humaine sculptée en haut-relief de grandeur naturelle. Elle est assise, vêtue d'une robe à grands plis et tient un vase de la main droite à la hauteur de la poitrine. La tête manque malheureusement, et l'action du bras gauche n'est plus reconnaissable. Cette figure serait une reminiscence de l'époque punique; elle nous rappelle les stèles trouvées à Carthage, que le R. P. Delattre fait remonter aux derniers temps de la période punique, ou au début de l'occupation romaine en Afrique.—Mr. George Bonsor, Les colonies agricoles pre-romaines de la vallée du Bétis.

cartaginés es ciertamente á favor de la de Carmona.

Dentro de la hornacina y á la altura del hombro de la figura se abre una ventana de treinta centímetros cuadrados, y debajo, al nivel del suelo, está el orificio de desagüe de un canalillo que desde el pozo llevaba el agua al baño. La ventana comunica con una galería estrecha, cortada en el espesor de la roca, de apenas la altura de un hombre y que va hasta otra abertura muy parecida, aunque doble mayor, situada encima del pozo. La galería describe en su recorrido una doble curva, estando tan bien estudiadas y aplicadas las leyes de la sonoridad que cualquier palabra dicha en el pozo se oye en el baño y viceversa. El fin perseguido con mecanismo tan ingenioso resulta evidente: no era otro que alucinar al que se sentaba en el podio é invocaba á la estatua, haciéndole creer era contestado por ella. En resumen: aquello es simplemente una reproducción de la célebre oreja de Dionisio y allí se representaban comedias iguales á las muchas que antes y después se han representado en el mundo.

A la izquierda del baño quedan señales de una puerta existente en el centro del muro que dividía esta ala del atrio en toda su anchura y por la que se entraba á un departamento grande y espacioso, en cuyo suelo se han encontrado enterradas algunas urnas de piedra y restos de ánforas. Tengo para mí que esta pieza fué á la vez *tepidarium* y *spoliatorium*. Llamábase *tepidarium* en las casas romanas el

departamento en que los esclavos secaban al bañista, perfumándolo luego con aceites olorosos encerrados en pequeños botes llamados *gut-tuli*. Por lo que á Carmona se refiere, no creo que en la *cæna feralis*, dada la gravedad del acto y su significación, se llegara al extremo de perfumar á los asistentes: ese refinamiento de sensualidad, importado de Roma, lo comprendo en los banquetes ordinarios; en los fúnebres, no. El *spoliatorium* era la cámara en que se dejaban los vestidos usuales, cambiándolos por el traje propio del triclinio, una especie de bata llamada *synthesis*. Cuando, como en Carmona ocurría, el banquete se celebraba dentro de la tumba, el convidado dejaba en el *spoliatorium* la pénula ó capa con que se cubriera durante los funerales, pero no la toga negra que llevara en los mismos y de la que no se sabe que fuera sustituida con ninguna otra prenda (1). En el *spoliatorium* se guardaban

(1) Que la misma toga usada en los funerales servía para el banquete dedúcese del siguiente pasaje de Cicerón: «También quiero saber de ti por qué motivo has hecho que en el convite de Q. Arrio, mi amigo, te acostaras con la toga negra. Pregunto ¿quién cenó jamás vestido de luto? Así, pues, aquel convite es fúnebre, por que así como el convite ordinario es señal de dignidad, aquel en el que hay algo de funerario es fúnebre.»

Atque illud etiam scire ex te cupio, quo consilio, aut qua mente feceris, ut in epulo Q. Arrii, familiaris mei, cum toga pulla accumberes. Cedo: quis umquam cenavit atratus? Ita enim illud epulum est funebre, ut munus sit funeris, epulæ quidem ipsa dignitatis.

Cicero in Vatium.

también las coronas que los asistentes al banquete debían ponerse para preservarse de la embriaguez. Dichas coronas eran de flores, especialmente las propias de la estación, como rosas y otras. Con las rosas solían mezclar el lirio y la hierba buena. En el invierno, cuando no había flores, hacían las coronas con hojas artificiales de plata. Esta costumbre la tomaron los romanos de los griegos, los cuales se ponían coronas en los convites, como asegura Aristóteles (1).

Impórtame hacer constar que para situar el *spoliatorium* en donde lo sitúo he tenido en cuenta lo que dicta el sentido común y lo que refieren algunos escritores de que los asistentes al triclinio tomaban la ropa cenatoria, cambiándola por la del baño, apenas soltaban ésta (2). Y si valen verdades, diré que más atendí á lo primero que á lo segundo. Cierto es que otro cualquiera en mi lugar hiciera lo mismo, pues al menos avisado se le ocurre que obligar al convidado á cruzar el atrio con las ropas chorreando agua ó con los pies desnudos después

(1) En Carmona, durante la *cæna feralis*, coronábanse con flores los convidados y los encargados del servicio. Esto puede comprobarse en la pintura mural de la tumba llamada del Banquete, en la que el siervo que se aproxima á la mesa con un nuevo plato lleva, como los demás, su correspondiente corona.

(2) *Ac de cænatoria quidem veste, quam exeuntes e balneo, depositaque veste balneari cænaturi sumebant, crebra mentio est apud veteres scriptores.*

Petrus Ciacconius Toletanus, de Triclinio.

de limpios y con grandes probabilidades de ensuciarlos de nuevo, si no era baño y sí ablución lo que se tomaba, ni era serio, ni higiénico, ni á nada práctico conducía. Advierto que con esta manifestación no me propongo criticar á los que, pensando de distinto modo que yo, ponen el *spoliatorium* en el ala izquierda del archivo, frontero al Elefante, no. El objetivo es más modesto; se reduce á estimularlos por si logro decidirlos á exponer las razones en que apoyan su opinión, razones que deseo vivamente conocer para en su vista rectificar ó ratificar la mía.

A la derecha del baño, cogiendo el resto del atrio, hay un triclinio pequeñito y gracioso, todo recubierto de estuco como el de los Huertos y en buen estado de conservación, especialmente el ábaco, la mesa y los canales de libaciones. En uno de los lados quedan todavía trozos de las columnas que sostenían la techumbre. Dada la relación de contigüidad en que aparecen los lechos medio y summo y la zanja que por fuera los rodea, es evidente que una balaustrada ó muro de contención—*pluteus*—ocupó los intercolumnios (1); de otra manera la caída en el *impluvium* era de temer. Admitiendo que el *pluteus* fuera una acitara de diez centímetros de grueso—menos espesor no es posible supo-

(1) De ordinario los intercolumnios del peristilo estaban ocupados en las casas romanas por un muro alto como la cintura llamado *pluteus*, sobre el cual se ponían macetas con flores, si era macizo, y si ahuecado, sembraban en él flores y arbustos.

nerle - queda una anchura de noventa centímetros para los lechos, desde los pies de los mismos - *fulera* - al borde superior y externo del canal de libaciones. Como se ve, el espacio es demasiado reducido para colocar en él las piernas y el tronco de una persona mayor, á menos de suponer un estado de encogimiento que no era el propio de los convidados en el banquete fúnebre. Las dimensiones de la mesa escaria son exiguas también: noventa y seis centímetros de largo y cuarenta y uno de ancho. Por último, el nivel del suelo en el antetriclinio, nivel nunca más bajo que el de hoy, permite asegurar que en ningún tiempo hubo allí grada de subida.

Para apreciar mejor las diferencias que existen entre el triclinio del Baño y los demás de la necrópolis—se entiende, en cuanto á dimensiones—basta fijarse en el siguiente cuadro: (1).

(1) El lector echará de menos las dimensiones de los triclinios llamados de la Casa y de Nemesio. Las del primero no las pongo por la sencilla razón de que ya no existe, habiéndose levantado en el lugar que ocupaba el nuevo edificio destinado á museo. Después de todo, poco se ha perdido, tal estaba de destrozado y maltrecho. Las del segundo, en perfecto estado de conservación, no van tampoco porque el magnífico plano levantado por el descubridor, el ingeniero belga Mr. Henri Thys, obra en poder de D. Jorge Bonsor, actualmente en Inglaterra. Pero ya que no las dimensiones del triclinio de Nemesio, daré una copia de la inscripción hallada en él y que ha servido para darle el nombre que lleva.



P. Bourquet repood.

NECRÓPOLIS ROMANA DE CARMONA

TUMBA DEL ELEFANTE—Á LA IZQUIERDA DEL ATRIO

Triclinio del Baño, anchura de los lechos desde los pies de los mismos —fulcra—al borde externo y superior de los canales de libaciones. 0'm. 90

D. M.
D. E. R. P. S.
AVGVSTO
NEMESI

La inscripción está en una planchita rectangular de bronce, con 0'm. 07 de ancho por 0'm. 06 de alto y sírvele de colgadero una anilla circular de 0'm. 02 de diámetro. Las letras son puntilladas. Fué encontrada con otros varios objetos en el cercado de Luisa, sito en la huerta del extinguido convento de San Francisco, por el entusiasta aficionado á la arqueología Mr. Thys, durante las excavaciones que hizo á sus expensas en Octubre de 1896. En Julio de 1897 el mismo Mr. Thys, dirigiendo la apertura de las zanjas para la colocación de la tubería que había de llevar á la ciudad el agua potable, encontró en un sepulcro familiar descubierto en el promedio de la calle San Francisco esta otra inscripción:

N L L E
CRESCENTIS
FAUSTINI † F
ANN XXII
S. T. T. L.

Se trata de una losa de mármol blanco, cuadrada, de 0'm. 28 de lado y 0'm. 02 de grueso, cuyos pedazos salieron mezclados con la tierra que llenaba la tumba en sus dos terceras partes. Por desgracia falta un pe-

Triclinio de los Huertos, anchura de los lechos desde los pies de los mismos —*fulcra*—al borde externo y superior de los canales de libaciones. 1'm. 38

Triclinio Central ó del Elefante, anchura de los lechos desde los pies de los mismos —*fulcra*—al borde externo y superior de los canales de libaciones. . . 1'm. 53

Triclinio del Columbario, anchura de los lechos desde los pies de los mismos—*fulcra*—al borde externo y superior de los canales de libaciones. . . 1'm. 60

Triclinio del Olivo, anchura de los lechos desde los pies de los mismos —*fulcra*—al borde externo y superior de los canales de libaciones. 1'm. 70

Triclinio del Baño, largo de la mesa escaria. 0'm. 96

Ancho de la idem. 0'm. 41

Triclinio de los Huertos, largo de la mesa escaria. 1'm. 53

Ancho de la idem. 0'm. 67

Triclinio Central, largo de la mesa escaria. 1'm. 30

Ancho de la idem. 0'm. 70

Triclinio del Columbario, largo de la mesa escaria. 1'm. 25

queño trozo del primer renglón, precisamente en el que estaba el nombre de la difunta. El signo que está después del genitivo FAVSTINI parece un detalle decorativo, sin que me atreva á asegurarlo. La inscripción fué donada por Mr. Thys al museo de la necrópolis, en el que puede verse.

Ancho de la idem.	0'm. 90
Triclinio del Olivo, largo de la mesa	
escaria.	1'm. 25
Ancho de la idem.	1'm. 00

Una advertencia antes de continuar. Siendo el triclinio la característica de las tumbas carmonenses, por cuanto difícilmente se encuentra una algo importante que no lo tenga ó no lo haya tenido, creo oportuno poner aquí, á título de paréntesis, un resumen histórico del mismo. Advierto á los doctos que estas cuatro noticias no las escribo para ellos: van dedicadas á los profanos en arqueología. Los primeros procederán, pues, cuerdateamente si doblan la hoja y siguen adelante, bien entendido que no tendrán motivo para arrepentirse; los segundos, en cambio, deben leerlas con despacio, á fin de comprender ciertos pasajes que de otro modo les resultarían confusos.

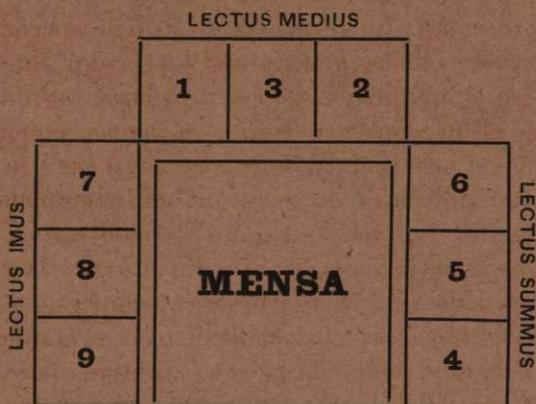
Entiéndese por triclinio la colocación de tres lechos alrededor de una mesa cuadrada, dispuestos aquéllos de manera que cojan tres de los lados de ésta, quedando libre el cuarto para el servicio. Cada lecho del triclinio tenía su nombre propio: el del centro llamábase *lectus medius*; el de la derecha *lectus summus* y el de la izquierda *lectus imus*. Los lugares del *lectus medius* eran los más distinguidos; seguían después los del *lectus summus* y luego los del *lectus imus*. En cada lecho había también sitios de mayor ó menor categoría. En el *medius* el puesto preferente era el primero á la izquierda ó *imus in medio*, por otro nombre *lectus consularis*, porque en él se echaba el cónsul cuando asistía al

banquete; seguía el del extremo opuesto ó *summus in medio* y por último el del centro ó *medius in medio*. En el *summus* el sitio de mayor honor era el más inmediato al espectador, que recibía el nombre de *summus in summo*; seguía luego el del centro ó *medius in summo*, y por último el contiguo al *lectus medius* ó *imus in summo*. El *lectus imus* se descomponía también en los tres lugares de rigor ó *summus in imo*, *medius in imo* é *imus in imo*. En el *lectus imus* el puesto de más categoría era el contiguo al *lectus medius* ó sea el *summus in imo*, en el que se colocaba el dueño de la casa ó anfitrión para estar cerca del personaje que presidía y que ocupaba el *lectus consularis* ó *imus in medio*; seguía luego el central ó *medius in imus* y después el *imus in imo*. En el *medius in imo* é *imus in imo* solían echarse la mujer é hijos del que daba el banquete, y cuando no, un alto servidor de la casa. La colocación en el triclinio, por orden de categoría, era pues la siguiente:

- 1.º *Imus in medio* ó *locus consularis*.
- 2.º *Summus in medio*.
- 3.º *Medius in medio*.
- 4.º *Summus in summo*.
- 5.º *Medius in summo*.
- 6.º *Imus in summo*.
- 7.º *Summus in imo*.
- 8.º *Medius in imo*.
- 9.º *Imus in imo*.

Para darse cuenta exacta de esta distribución de lugares no hay mejor recurso que un sencí-

llo dibujo: lo que éste no haga no lo hará seguramente la descripción más completa.



En los lechos se ponían colchones rellenos de paja, de lana ó de plumas, y sobre éstos, á veces, pieles ó telas de distintas clases. Cada convidado disponía en el triclinio de dos almohadones: uno, para descansar la espalda, y otro más pequeño, que se ponía bajo el brazo mientras estaba apoyado en el codo.—Los clásicos no lo dicen, pero es muy probable que el convidado empleara también el segundo almohadón á manera de cabezal cuando trastornado por los vapores del vino no tenía fuerzas para incorporarse y caía en el lecho cuan largo era.—Las divisiones de los lechos formábanlas atravesaños—*spondae*—de madera lisa ó labrada é incrustada más ó menos ricamente. Los pies eran también de madera, con ó sin las mismas incrustaciones. —A la hora presente, después de mil novecientos años transcurridos, no es posible determinar si los triclinios funerarios de Car-

mona tuvieron los atravesañs y pies de que hablan los escritores latinos. Extraño parecerá, pero talvez carecieran de ambas cosas á juzgar por lo que ocurre en el triclinio del Columbario, único cuyos lechos han llegado hasta nosotros en perfecto estado de conservación. Dichos lechos, tallados en la roca y cubiertos de estuco, que por suerte subsiste todavía en su mayor parte, de haber tenido atravesañs y pies es seguro que en la piedra ó en el revestimiento mostrarían las señales del cómo aquellos estuvieron fijados. Y la verdad es que el examen más atento nada descubre.—En cada lecho colocábanse una, dos ó tres personas, de manera que el total de éstas en el triclinio variaba entre tres y nueve. Hay que advertir que según Aulo Gelio, refiriéndose á Varrón, el número de los convidados no debía ser menor que el de las Gracias ni mayor que el de las Musas (1). También por lo que Plauto hace decir á los personajes de una de sus obras se sabe que en los días de aquél—Plauto nació el 227 antes de Cristo—el número de los convidados en el triclinio era de nueve (2).

(1) *Dicit autem, convivarum numerum incipere oportere a Gratiarum numero, et progredi ad Musarum; id est, proficisci a tribus, consistere in novem: ut cum paucissimi, convivæ sunt, non pauciores sint, quam tres; cum plurimi, non plures, quam novem.*

Auli Gellii, Noctium atticarum. lib. XIII, cap. XI.

(2) *Epignomus. Valeas.*

Gelasimus.

Certumne est.

Los triclinios carmonenses tienen una particularidad que no se encuentra en ninguno de los otros conocidos, trátase de Roma ó de las provincias. Me refiero á los canales que rodean la mesa, verdadero depósito en el que se recogía el residuo de las libaciones que más tarde había de ser derramado en la cámara funeraria, último y definitivo paradero del líquido en cuestión. Que esto era así demuéstranlo claramente aquellas tumbas en las que el monumento exterior hacía las veces de *cella tricliniaria*. Tal ocurre, por ejemplo, en la llamada del Mausoleo Circular que tiene en la parte alta de la bóveda un agujero redondo, terminación de un conducto que se abría en el piso de la cámara situada encima y por el que bajaba seguramente el dicho sobrante. Del tenor expuesto abundan las pruebas en la necrópolis y á poco trabajo podría multiplicarlas; pero la cosa es tan evidente que creo innecesario insistir en ella.

Hay quien afirma que los romanos tomaron el triclinio de los orientales. Esto, dicho así, sin especificar, es muy cierto. ¡Como que el clinio ó lecho para comer es de origen asiático!—En un bajo relieve encontrado no ha mucho entre

Epig. *Certum, cænabo domi.*
Gelas. Quando quidem operam tuam non vis promittere:
Vin ad te adcænam veniam?

Epig. *Si possim, elimi:*
Verum hic apud me cænant alieni novem.
M. Acci Plauti, Stichus, actus tertius,
scena secunda, ver. 28, 29, 30 y 31.

las ruinas del palacio real de Nínive aparecen comiendo Asurbanipal y su mujer: ésta sentada y aquél recostado. Asurbanipal, por otro nombre Sardanápalo, reinó en Asiria de 668 á 626 antes de Cristo.—San Isidoro concreta más la cuestión: hablando de los primeros lechos usados por los latinos dice que procedían de Cartago y que eran pobres y humildes (1) si bien le faltó añadir que esa humildad y pobreza duraron poco, ocurriendo con ellas lo que con las otras virtudes republicanas, que naufragaron en el río de oro que produjeron á Roma las riquezas cogidas á los cartagineses. Bien claramente lo certifica Plinio: «Esa Cartago, la enemiga de la tierra, poseyó toda esta plata que hoy luce en el aparato de nuestras mesas.» (2) Demostrado que el triclinio romano es de origen cartaginés, ni que decir tiene que con mayor motivo debe serlo el de Carmona, en donde por largo tiempo y con anterioridad á Roma imperó Cartago. Concluido el paréntesis que me creí en el deber de abrir, vuelvo de nuevo á mi interrumpida narración.

Por la parte allá del triclinio del Baño, á la terminación del recodo que describe el pseudo *impluvium* y en el ángulo entrante que for-

(1) *Punicani lecti parvi, et humiles, primum á Carthagine advecti, et inde nominati.*

Isidorus, lib. etymol. XX. cap. XI.

(2) *Hoc argenti tota Carthago habuit, illa terrarum æmula, quod nunc in mensarum est apparatus.*

Plinius, lib. XXXIII.

man al juntarse las fachadas norte y oeste del atrio, se encuentra el pozo—*puteus*—de veintidos metros de profundidad, rico en excelente agua potable y del que se ha extraído el elefante de que luego hablaré, un gran bronce de Vespasiano, otro de Carmona, medianos bronces de Claudio y de Constancio, dos ajorcas de metal y un pedazo de lápida de mármol con las letras AELI, nombre incompleto de la familia *Ælia*. Sobre el fondo de la hornacina en que se abre el pozo hay una ventana encuadrada y frontera á ella, excavada en el muro de la galería, otra más pequeña destinada á guardar los cubos. La primera ventana tuvo en lo antiguo su correspondiente puerta de madera y lo mismo pudo servir para vaciadero del agua que había de llenar el baño, como para dar paso á la persona encargada de representar la farsa de la estatua parlante.

Próxima al pozo, en la fachada norte del atrio, está la cocina—*culina*—con ms. 2'20 de largo y 1'65 de ancho. Tiene cortados en la roca dos podios altos y profundos: uno, el de la izquierda, para cocinar las viandas del banquete; y otro, el frontero á la puerta, la mesa urnaria (1). En el techo hay dos aberturas embudiformes situadas á distinto nivel para

(1) Además de las mesas escaria y vinaria que se ponían en la sala del triclinio, había una tercera llamada urnaria, en la cocina. Se la nombraba así porque contenía urnas preparadas con agua.

Præterea erat tertium genus mensæ, inquit Varro de vita populi romani, etiam quadrata vasorum, vocabatur-

la entrada del aire y la salida del humo, ese huésped tan molesto de los atrios romanos (1).

En el fondo del atrio, frente por frente al vestíbulo de ingreso—*aditus*—y en el lugar correspondiente al archivo (2) de las casas romanas—*tablinum*—se abre una cámara cuadrilonga, en la que debió situarse con su siticina el anunciador de las *ferculas* (3). La roca

que urnarium, quod urnas cum aqua positas ibi potissimum habebant in culina: escaria et vinarie in triclinio ponebantur.

Petrus Ciacconius Toletanus, de Triclinio.

(1) Los antiguos no conocían las chimeneas para hacer que el humo salga fuera del edificio, como nosotros lo hacemos, y por eso el humo les incomodaba tanto; de esto provenía el llamar ahumadas—*fumosa*—las imágenes de los dioses colocadas en el atrio, y al mes de Diciembre le llamaban humoso, por motivo del mucho fuego que se hacía durante él.

Adam, antigüedades romanas, tomo 4.º

(2) El archivo—*tablinum*—estaba frontero al vestíbulo, en el fondo del atrio, separado de éste por puertas que se plegaban. La familia guardaba en él, dentro de armarios de madera, los retratos ó imágenes de sus ascendientes, sin sacarlos más que en circunstancias tan solemnes como los funerales para hacerlos figurar en el cortejo, delante de sí. Con relación á los muertos, el archivo era pues algo así como un lugar de reunión en donde el último difunto veíase constantemente acompañado de todos sus mayores.

Expressi cera vultus singulis disponebantur armariis ut essent imagines que comitarentur gentilitia funera, semperque defuncto aliquo totus aderat familie ejus qui unquam fuerat populus.

Plinius, liber XXXV, II.

(3) Se llamaba *fercula* cada nuevo servicio ó plato que se traía á la mesa. Cuando las *ferculas* eran

se ha grieteado y hundido en la parte superior de la puerta á consecuencia, sin duda, de las filtraciones de las aguas; todo lo demás se mantiene en buen estado de conservación. Dicha cámara comunica por la izquierda con otra cuadrada que recibe luz y aire por una ventana abierta en el atrio y elevada sobre el piso poco más de un metro ¿Cuál fué el destino de esta segunda cámara? Difícil me parece averiguarlo, máxime cuando no descubre señal ni vestigio que pueda servir para orientar la pesquisa. Sin embargo, dada la situación que ocupa entre la cocina y el triclinio, es probable que hiciera las veces de almacén ó despensa—*cellarium*—para guardar los utensilios del banquete, como vaji-

numerosas los convidados se lavaban las manos después de cada una.

Cum tantum biberent per singulas ferculas, et manus, quasi comedissent, lavarent.

Lampridius, in Elagabalo.

Los convidados se lavaban también las manos antes de empezar á cenar, cuando ya estaban en los lechos. «Da agua á las manos y á los pies: ten el *polubrum* con la izquierda y el vaso con agua con la derecha» dice el clásico.

Aquam manibus, pedibusque dato: polubrum sinistra manu teneto, dextera vasum cum aqua.

Fabius Pictor, lib. XVI.

La siticina era una trompeta—*tuba*—simple ó doble, larga, gruesa y de sonido grave que se tocaba en la *cena feralis* á cada nueva *fercula*.

En la pintura mural de la tumba llamada del Banquete, encontrada en el Campo Real de Carmona, se ve la siticina que asoma por detrás del que ocupa el primer lugar á la izquierda del *lectus medius*, en el

lla, lencería (1), refrigeradores de agua, etc., etc., utensilios que era inútil llevar á la ciudad en la que no tenían aplicación, porque nadie

momento de acercarse al triclinio el portador de un nuevo plato. No se distingue al que la toca, pero es fácil comprobar que no es ninguno de los convidados.

Las siticinas sonaban durante los funerales en varias ocasiones: cuando el cadáver era puesto en la pira, en el momento de dar fuego á ésta y al depositar las cenizas en la tumba.

(1) Los lienzos empleados en los banquetes eran muchos, de varias clases y para distintos fines. Hé aquí algunos de los principales:

1.º Los que los siervos se ceñían para asistir en el triclinio, según se desprende del siguiente pasaje de Séneca: «Para este oficio se hallaba dispuesta la turba, bien ataviados con sus lienzos ceñidos.»

Ad hoc præsto aderit ministrorum ornatissimorum turba, linteis succincta.

Seneca, lib. de brevitare vite.

2.º Los manteles con que se cubría la mesa, más ó menos adornados según la riqueza y el gusto del anfitrión. Dichos manteles solían mudarse á cada nueva *fercula*. Acerca de estos particulares véase cómo se expresa Lampridio: «El convite ni fué demasiado abundante ni demasiado parco, sino de mucho esplendor, de tal manera que se enviaban manteles sencillos muchas veces guarnecidos de grana, pero nunca dorados, pues esto comenzó á usarlo Elagabalo, ó antes de él, como algunos creen, Adriano». «Dió á los parásitos algunas cenas de frioleras y á veces enviaba á la mesa tantos manteles pintados cuantos platos hubieran de servirse».

Convivium neque opimum, neque nimis parcum, sed nitoris summi fuit, ita tamen ut pura mantilia mitterentur, sæpius coccoclavata, aureata, vero nunquam, cum hæc habere Elegabalus jam recepisset, et ante, ut quidam prædicant, Hadrianus habuisset.— Exhibuit parasitis cœnas de vitreis, et non nunquam tot picta mantilia

emplea en la vida ordinaria lo que está destinado al servicio de los muertos, mientras que

*in mensam mittebat his eduliis picta, quæ apponerentur,
quot missus esset habiturus.*

Lampridius in Elagabalo.

3.º Las servilletas que los siervos tricliniarios presentaban á los convidados para limpiarse las manos cuando éstos no las llevaban propias. Dice Virgilio: «Llevan en sus manos el agua, reparten las frutas en canastos y proporcionan paños limpios para enjugarse.»

*Dant famuli manibus limphas cere
remque canistris.*

*Expediunt, tonsisque ferunt manti
lia villis.*

Virgilius in Æneidis, I.

Ciertas dignidades, el edil por ejemplo, llevaban siempre su servilleta guardada en el pecho, del que la sacaban al empezar á comer. La razón de esto era porque la franja ú orla que adornaba dichas servilletas tenía que ser más ancha que la de los demás convidados.

Plinio asegura que las servilletas y manteles solían hacerse de una sustancia incombustible. «Se averiguó que no se consumía el paño por el fuego, y á este paño le llamaban *vivo*; y se ha visto que ponían paños de estos en los convites porque se limpiaban mejor con el fuego que con el agua.»

Inventum est tam quod ignibus non absumeretur; vivum id vocant, ardentisque in focis conviviorum ex eo vidimus mappas sordibus exustis splendentes igni magis quam possent aquis.

Plinius. lib. XIV., caput I.

4.º Los que empleaban los siervos penículos para limpiar las mesas, cuando no lo hacían con un cepillo —*penicillus*— de donde aquéllos tomaron el nombre. «Paños peludos te encubran la mesa.....»

Nobilibus villosa tegant tibi lintea citrum.....

Martial, epigram, lib. XIV.

en la tumba se necesitaba de ellos con relativa frecuencia (1).

A la derecha del archivo se abre otra cámara con capacidad de un metro y cincuenta centímetros, en medio de la cual se destaca, colocado sobre el correspondiente pedestal, un elefante de piedra perfectamente sentido y ejecutado, las orejas sobre todo. La cámara del elefante tiene una ventana encuadrada que da

(1) Además del banquete que tenía lugar el día de las exequias celebrábanse otros en las fechas siguientes: al cumplirse el novenario del fallecimiento—novendalia;—en el aniversario del mismo y durante las fiestas llamadas feralias que empezaban el 21 de Febrero—11 de las Kalendas de Marzo.—Para estos banquetes las familias ricas adornaban las tumbas, en particular las urnas cinerarias, con profusión de flores y sobre el podio de la cámara dejaban ofrendas destinadas á los manes. Los pobres colocaban en las sepulturas de los suyos rosas y violetas, algunas habas ó nueces y un vaso quebrado, símbolo de la fragilidad de la vida. Las ofrendas de los carmonenses eran depositadas en vasigería de distintas formas y materias y consistían en viandas preparadas con carne de conejo, perdiz, pollo y otros volátiles, cuya determinación es fácil hasta cierto punto mediante el estudio de los huesos que aún se conservan. Los vasos que resultan vacíos contendrían probablemente leche y perfumes. Entre las ofrendas de los pobres figuraban los huevos de gallina, de los que se han encontrado dos ó tres ejemplares. Los vasos rotos á mano hanse visto también en las tumbas de los ricos—califico de tales á los que podían permitirse el lujo de tener sepulcro familiar propio:—son preciosas urnas de vidrio policromo con dobles asas, de las que se guardan algunas en el museo de la necrópolis.

al triclinio, y por otra, abierta en arco, se comunica con la sala funeraria, si bien esta segunda comunicación pareceme accidental y reciente ó establecida en época muy posterior á la en que el monumento estuvo en funciones. ¡Quién sabe! tal vez se deba á los mismos violadores de la tumba que, no pudiendo entrar en la cámara funeraria, para despachar pronto rompieron el muro por donde lo encontraron más débil. Precisamente en la tumba llamada de Prepusa, robada también, se da un caso igual ó muy parecido. La sala funeraria se cerraba en Prepusa como en el Elefante con una gran piedra empotrada y fija á ambos lados mediante un cemento durísimo, imposible de romper por el que no dispusiera de tiempo y herramientas á propósito. Cuando el saqueo de las tumbas, (1) los ladrones, espoleados por el miedo que

(1) Creo firmemente que el despojo de las tumbas familiares, sobre todo de las ricas y suntuosas, tuvo lugar en las postrimerías de la dominación romana, durante los días de desolación que precedieron á la invasión de la Bética por las hordas de Gunderico. He aquí lo que á este propósito tengo dicho en otro lugar: «El trabajo de terraplenar y hacer desaparecer las tumbas fué obra exclusiva de los bético-romanos que, temiendo como temían la irrupción de pueblos enemigos que ninguna consideración habían de guardar á las cenizas de los muertos, destruyeron mausoleos, borrarón caminos y amontonaron obstáculos en el lugar que ocupaba la necrópolis, á fin de evitar la profanación y el saqueo de los sepulcros y el ultraje consiguiente á los restos de sus mayores. Los objetos de valor se los llevarían á la ciudad ó los

es de suponer, fracturaron la parte superior del umbral, punto en que el muro presentaba menor grosor y resistencia, y abriendo hueco suficiente para el paso de un hombre entraron y salieron por él, tapándolo luego con otra piedra cogida al acaso.

Ahora bien; ¿qué significa la presencia del elefante en lugar tan visible y de tanto honor? ¿A qué obedece la existencia de la primera ventana, que seguramente no es para dar á la *cella* tricliniaria luz ó aire? Cuestiones son estas que no acierto á resolver de manera satisfactoria. Sin embargo, pudieran muy bien explicarse suponiendo que el monumento perteneció á alguna de las familias que usaban el elefante como distintivo (1), en cuyo caso vendría á ser

ocultarían en sitios aún más escondidos. Prueba de ello es que algunas tumbas se encuentran sin cajas ó urnas y luego éstas aparecen enterradas en excavaciones practicadas en la roca ó en las mismas paredes de los sepulcros, tabicado el hueco con ladrillos y perfectamente disimulado.—Historia de la ciudad de Carmona, Sevilla, 1836.

(1) Las familias romanas que pusieron el elefante en sus monedas son las siguientes:

Aquila.—Familia en parte patricia y en parte plebeya. Tiene una moneda con la leyenda *L. Aquilius Florus III vir* en el anverso y la efigie de César Augusto en el reverso, sobre biga de elefantes.

Cæcilia.—Familia primero patricia, después plebeya y ennoblecida de nuevo merced á los méritos de los grandes hombres que dió á la república. La biga de elefantes que llevan sus monedas es en conmemoración de la victoria obtenida por Lucio Metelo sobre el caudillo cartaginés Asdrúbal, cerca de Palermo, en

el de que me ocupo una especie de emblema heráldico que recordase á todos, vivos y muertos, hechos gloriosos de más gloriosos hombres. —Sabido es que en tiempo de la república, cuando no era permitido poner en las monedas el retrato de los personajes, se acuñaron algunas destinadas á conmemorar las victorias de César sobre Juba, rey africano. En ellas se representa al primero por un elefante y al segundo por una serpiente que aquél pisa y aplasta. Mi hermano, D. Juan Fernández López, explica la presencia del elefante de este otro modo: «Merced á lo especial de su situación, el elefante se descubre perfectamente desde todos los lados del triclinio, ya se dirija la vista á la puerta del vestíbulo, ya á la ventana de la cámara. Símbolo de la eternidad (1), parece ha-

la que aquél se apoderó de 120 elefantes que llevó en triunfo á Roma.

Durmia.—Familia desconocida en Roma hasta los tiempos de Augusto. Tiene una moneda con la leyenda *M. Durmius III vir Honori* en el anverso y la efigie de Augusto en el reverso, sobre biga de elefantes. Marco Durmio fué monetario de Augusto en unión de Marco Aquillio Floro y Publio Petronio Turpilliano.

Julia.—Familia en parte patricia y en parte plebeya, famosa en la república. Tiene la moneda descrita en el texto.

Gennaro Riccio.—Le monete delle antiche famiglie di Roma fino allo imperadore Augusto.

(1) Efectivamente, el elefante es símbolo de la eternidad por su larga vida y también lo es de Africa y de victoria sobre los cartagineses. Según Aristóteles, el elefante estaba consagrado al sol, teniéndosele por el animal que vivía más años. Otros escritores

ber sido colocado allí de intento para decir de continuo á los que asistían al banquete: aquel en cuyo honor celebráis la fiesta vive entre los inmortales. Complacéos en recordar sus virtudes é inspiráos en ellas; pero no olvidéis lo que soy y represento, ni profanéis este lugar trayendo á él pensamientos banales y livianos.»

La cámara en que está el triclinio central se abre en el fondo del archivo (1) y tiene de ancho 3 m. 70 y de largo 4'60; la bóveda alcanza una altura de 2'80. El triclinio, á diferencia de los otros de la necrópolis, muestra los tres lechos bordeados en su extremo inferior por un podio alto apenas de algunos centímetros, podio que en mi opinión es de formación reciente ó la consecuencia, mejor dicho, de haber desaparecido en gran parte la construcción y el estuco de los lechos. En las paredes de la cámara, á derecha é izquierda de la puerta, hay cuatro hornacinas, reservadas para las necesidades momentáneas del servicio ó para alojar peque-

creen que estaba dedicado á Plutón y á Baco y que si figura en las procesiones báquicas de algunos monumentos es en recuerdo de la expedición de este dios á las Indias.

(1) La cámara tricliniaria y el almacén ó *cellarium* tuvieron dobles puertas de madera ó hierro. Las de la primera se abrían de dentro á fuera y las del segundo de fuera á dentro. En cuanto al vestíbulo ó archivo, el hundimiento de la bóveda destruyó, si lo hubo, el sostén de los quiciales y no es posible precisar nada. La galería del pozo, la cocina y la pequeña cámara del *aditus* tuvieron también sus puertas respectivas, pero sencillas ó de una hoja.

ños pebeteros (1), ya que en el ante triclinio, ocupado con otras muchas cosas, no era fácil que hubiera sitio para colocarlos. En la parte alta de la bóveda se ven diferentes oquedades, algunas de las cuales han podido resultar de las filtraciones de las aguas, como hay quien afirma y yo no niego, pero que también es posible hayan servido para fijar los ganchos de que colgaban las lámparas que alumbraban la *cella* (2). Encima de la puerta se abre un tra-

(1) Los carmonenses usaban pebeteros para perfumar la cámara tricliniaria durante la *cæna feralis*. En la tumba llamada del Banquete, tantas veces citada, pueden verse dos trípodes con perfumes que se evaporan. Las sustancias más comúnmente empleadas en estos casos eran el incienso, la mirra y el cinamomo.

(2) Las lámparas llamadas tricliniarias servían para alumbrar la *cella* ó cámara cuando los convites se celebraban de noche. A este propósito dicen Horacio y Virgilio. «Da luz ó enciende las nocturnas lucernas» — «Penden de los techos dorados lámparas encendidas y disipan con su luz las sombras de la noche.»

Et vigiles lucernas

Perfer in lucem....

Horatius, lib. III., od. VIII.

Pendent lychni laquearibus aureis

Incensi, et noctem flammis funalia vineunt.

Virgilius in Æneid.

En algunas tumbas de la necrópolis se han encontrado las cadenas de estas lámparas. Son tres ramales delgados, de cobre ó bronce, fijos á una argolla común y enganchados por los extremos libres á un depósito que contenía el aceite y la mecha. De los depósitos no ha aparecido ninguno.

Todo hace creer que en Carmona la *cæna feralis* tenía lugar por la tarde, aunque, por lo que á la nece-

galuz que arroja sobre el *lectus medius* cierta claridad misteriosa, mientras deja en la sombra el resto del triclinio. Este carece de grada, de mesa escaria y de ábaco, piezas que serían de madera ó piedra y portátiles (1). No descubriéndose en la parte alta de los lechos señal alguna que acuse la existencia de los canales de libaciones, es de suponer que la mesa los llevara adheridos, por cuanto ese es un detalle que nunca falta en los monumentos carmonenses. Tampoco se encontró el *pelluvium*, ó sea la pileta en que los convidados se lavaban los pies, omisión explicable si se tiene en cuenta que estaba sustituido por el baño de que carecen las otras tumbas.

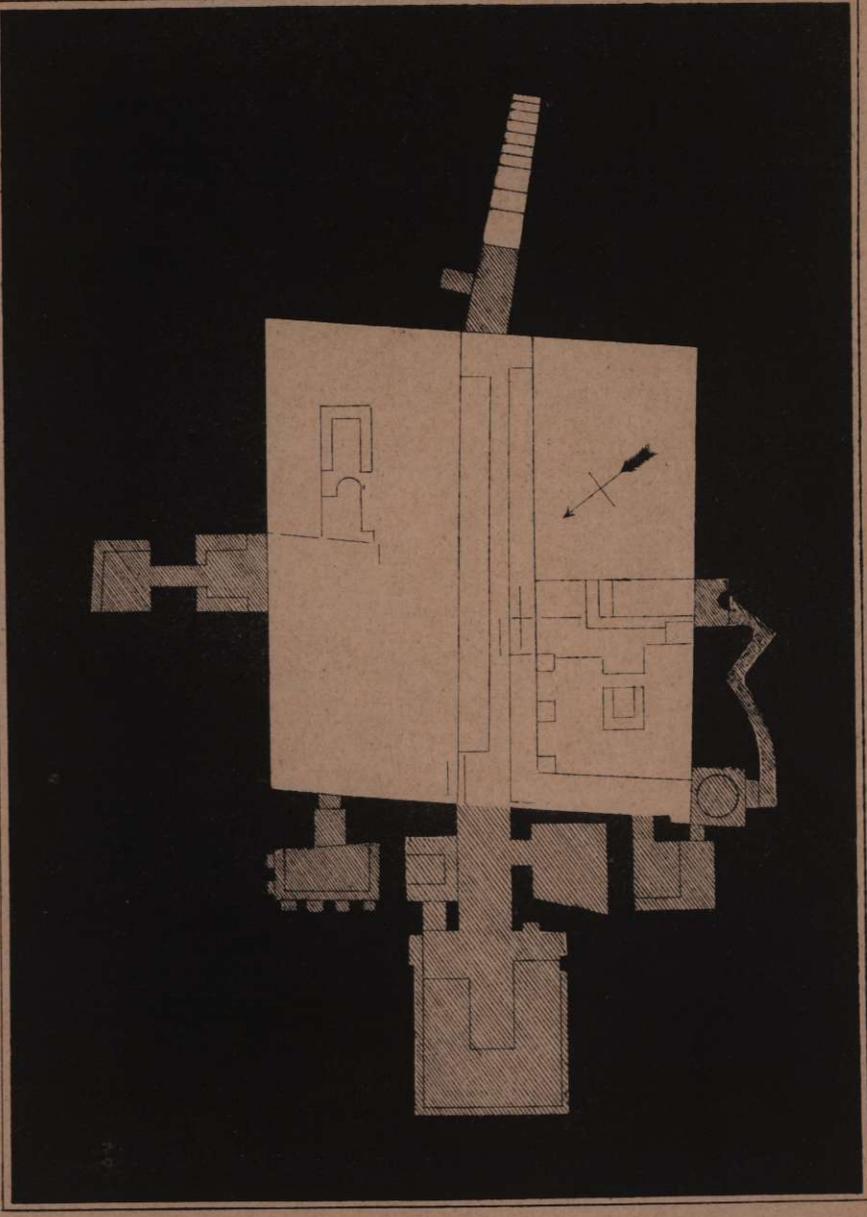
La intensidad de las lámparas se refiere, era igual á si lo fuese de noche, tratándose de monumentos en los que reinaba siempre una semi oscuridad.

Las lámparas ó lucernas servían también para una vez terminado el banquete acompañar los convidados á sus casas, alumbrándoles el camino. He aquí lo que acerca de esto refiere Cicerón: «Siendo yo niño aún veía muchas veces á C. Duilio, hijo de M.—que fué el primero que venció á los cartagineses con una flota—ya anciano, que volvía de una cena, y se recreaba frecuentemente con una antorcha y un flautista, que él había hecho privado suyo, sin haber ejemplo de esto. La popularidad y la gloria permitían estas licencias.»

C. Duilium, M. filium, qui Penos primus classe devicerat, redeuntem á cena senem saepe videbam puer, delectabatur crebro funali, et tibicine, quae sibi nullo exemplo privatus sumpserat: tantum licentiae dabat gloria.

Cicero in Catone.

(1) Cuando las mesas eran portátiles los siervos las cargaban de manjares y las acercaban al triclinio



Jorje Bonsor

Plano de los Trichinios del Elefante

De propósito he dejado para este lugar el decir cuatro palabras sobre extremo tan interesante como el motivo á que pudo obedecer la instalación de tres triclinios en la misma tumba, siendo así que todas las otras contienen uno, salvo la llamada del Olivo que es probable tuviera dos.

En mi sentir la solución del problema es muy sencilla. Cada triclinio estuvo destinado á personal diferente: el del centro fué para hombres, el de la derecha ó de los Huertos para mujeres y el de la izquierda ó del Baño para niños. Ya sé yo que no todos piensan de esta manera. Hay, por ejemplo, quien olvidando que se trata de un monumento funerario en el que reinaba á toda hora una semi oscuridad y al que la familia y los amigos acudían no á recrearse y divertirse si no á cumplir un deber religioso y de conciencia, atribuye á los triclinios un destino estacional y ve en el de la izquierda una triclea ó clinio de verano (1).

en el que ya se encontraban recostados los convidados.

Mensas enim dicebant, quibus imponebantur vasa tum escaria, tum vinaria, quasque ferculis onustas, duo servi (ut diximus) convivis apponebant.

Petrus Ciacconius Toletanus, de Triclinio.

(1) Los romanos llamaban trichila ó triclea al triclinio de verano, que era un cenador ó pabellón artístico colocado en un jardín y rodeado de troncos de árboles ó de columnas de piedra, que sostenían una bóveda artificial formada con hojas de parra ú otras plantas trepadoras. Para aumentar la frescura de tan grato lugar era muy frecuente poner inmediata á la

Quisiera compartir esta opinión, aunque sólo sea por la amistad que con el autor de ella me une y el buen concepto que el mismo me merece; pero se opone á ello una consideración de orden material, de esas que no admiten vuelta de hoja, como suele decirse, cual es la anchura de los lechos de la llamada triclea, anchura que con dificultad llega á noventa centímetros. ¿Cabe admitir que en espacio tan reducido echárase cómodamente una persona mayor, máxime habiendo de guardar el tronco y las piernas postura determinada? Imposible de todo punto, é invito á los incrédulos á convencerse de ello haciendo la prueba. Hay que advertir que el ritual de los banquetes fúnebres marcaba reglas fijas para la posición en el clinio de los convidados: la parte superior del cuerpo debía apoyarse en el codo izquierdo y la inferior extendida á lo largo, separadas las piernas á veces y á veces oprimiendo la rodilla derecha con la corva izquierda.

Lo expuesto paréceme bastante para demostrar que el triclinio del Baño no fué una triclea y si un clinio para adolescentes; pero si otra prueba se quiere, he aquí la que puedo ofrecer. Es cosa averiguada que las familias más distinguidas de Roma admitían en los convites á las mujeres y niños, si bien no les permitían recostarse, dicho sea en su elogio, y si sentarse

triclea—como se ve en la casa de Acteón en Pompeya—una fuente de la que los convidados tomaban el agua para beber.

á los pies de los lechos. Refiere Suetonio que Cayo y Lucio, nietos de Augusto, comían frecuentemente con éste, pero siempre á los pies, obligación de la que nunca fueron relevados; y de Claudio dice que juntaba en toda cena á sus libertos con los muchachos y muchachas nobles que, con arreglo á las antiguas costumbres, debían estar sentados á los pies del triclinio (1).

La prohibición impuesta á mujeres y niños de echarse para comer nació, respecto á ellas, de que romanos y griegos creían que la promiscuidad de sexos en el mismo clinio era cosa torpe y atentatoria á la moral; y en cuanto á ellos, de que consideraban la mesa como un altar y la comida como un sacrificio debido á los dioses, en el que no era digno de intervenir el que no hubiese adquirido la categoría de hombre. Por eso en Roma no se admitía á los adolescentes en el triclinio hasta que no cambiaban la toga pretexta por la viril, cosa que hacían por lo regular á los 17 años. En Grecia el rigorismo iba más allá. Los hijos no tenían derecho á tenderse para comer mientras no eran adultos, y entre los macedonios hasta no

(1) *Neque cenavit una, nisi ut in imo loco assiderent; neque iter fecit, nisi ut in vehiculo anteirent, aut circa adequitarent.....*

Suetonius in Augusto.

Adhibebat omni cæne et liberos suos cum pueris, puellisque nobilibus, qui more veteri ad fulcra lectorum sedentes vescerentur.

Suetonius in Claudio.

haber matado un javalí, lo que según la tradición consiguió Casandro á los 35 años. Habrá, tal vez, quien diga que la decantada moralidad helénica fué más ficticia que real y que nada tienen los romanos que envidiar á los griegos por lo que se refiere á la relajación de costumbres. Y en prueba de su dicho citará los muchos monumentos en que hombres y mujeres aparecen revueltos en promiscuidad vergonzosa. Hasta cierto punto es verdadera la observación, pero nada más que hasta cierto punto, pues no hay que olvidar que en esos casos se trata de symposias, fiestas mundanas á las que asistían prostitutas (1).

Ahora bien; si como del estudio de la tumba del Elefante parece deducirse y yo creo los triclinios de los Huertos y del Baño estuvieron destinados á mujeres y niños, preciso será reconocer que las costumbres romanas no fueron copiadas en Carmona al pie de la letra. En efecto, mientras que allá en el Lacio, se admitía en los convites á niños y mujeres, sin que importe gran cosa la condición impuesta de

(1) Las pinturas de los vasos griegos dan más clara idea de lo que eran las symposias que los textos escritos. Una de esas pinturas representa la escena siguiente: en un espacioso triclinio cubierto con paño de púrpura y cuya mesa es servida por jóvenes desnudos aparecen, casi desnudos también, tres hombres y tres mujeres, ellos recostados y ellas sentadas: cada cual besa á la mujer que tiene á su lado, mientras tres amores, Eros, Himeros y Pothos, revolotean alegres entre unos y otras.

mantenerlos á los pies, pues sentados ó echados y á pesar de las coronas que los convidados se ponían las borracheras eran posibles y el pudor y la inocencia corrían grave riesgo, aquí, en la Bética, se les dignificaba más, se les servía aparte y en clinio independiente y se les ponía á cubierto de ciertas contingencias, siempre de temer en toda fiesta en que se bebe vino, así la fiesta sea un banquete fúnebre. Resumiendo: las diferencias existentes entre béticos y latinos por lo que toca al *modus faciendi* de la *cæna feralis* hablan muy alto en favor del cómo los primeros entendían la moral, atestiguando de paso el predominio en Carmona de las influencias griegas (1), no obstante

(1) Tengo para mí que después de la expulsión de los cartagineses hubo en la Bética una verdadera irrupcion de mercaderes helenos, procedentes de las colonias levantinas. El movimiento debió ser favorecido por los mismos vencedores, en cuya política entraba fomentar los intereses materiales del país á fin de aquietar los espíritus y hacer olvidar las cosas de la guerra. Y en verdad que para tal empeño ningún elemento mejor que el heleno, del que Roma nada tenía que temer y con el que los naturales, aun los afectos á Cartago, no habían de rechazar el entenderse, extraño como fuera al duelo á muerte sostenido por las dos repúblicas. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que á partir de Augusto las familias griegas ó enlazadas con griegos abundan en Carmona. Pruébanlo los siguientes nombres consignados en inscripciones sepulcrales encontradas dentro y fuera de la necrópolis: QUINTUS POSTUMIUS HYGINUS—POSTUMIA CYPARE — PYLADES — PAPIRIA PHIALES—PUBLICIA SOPHE.—

la pregonada identificación de las provincias con la metrópoli, que fuerza es confesar no fué tan absoluta como se dice.

La tumba del Elefante estuvo cubierta por completo. Esto es innegable. Para convencerse de ello no precisa quebrarse mucho la cabeza. Basta considerar que de no ser así las aguas, sin salida posible por tratarse de un monumento soterrado, los fríos del invierno y los calores del verano hubieran destruido obras de fábrica, mármoles, estucos y pinturas, que es exactamente lo ocurrido en estos últimos tiempos á consecuencia de hallarse el atrio destechado.—Durante las madrugadas de Diciembre y Enero la temperatura desciende en el patio á uno y dos grados bajo cero, mientras que á las dos de la tarde de Julio y Agosto sube á cincuenta y ocho y sesenta centígrados.—Convencidos los propietarios de la necrópolis de que los hielos, las aguas y el sol son los principales enemigos que el monumento tiene, han procurado anularlos hasta cierto punto protegiendo aquellas partes más directamente amenazadas con tablas, esteras, y haces de hierba seca; pero como era de temer, todas las

Pequeña parecerá la cifra para basar sobre ella cálculos de ninguna clase, aunque, si al número se atiende, el mismo reproche cabe dirigir á los nombres latinos que no son muchos más ¡como que escasamente llegan á treinta! Se dirá, tal vez, que las inscripciones latinas desaparecieron en las varias vicisitudes por que ha pasado la ciudad. Perfectamente; pero ¿es que las griegas no corrieron igual peligro?

precauciones han resultado inútiles y poco á poco van desmoronándose baño y triclinios. En la actualidad los desperfectos revisten caracteres tales que la restauración se impone. ¿No se hace por consideraciones y escrúpulos arqueológicos que soy el primero en respetar? Pues habrá que resignarse á que las dependencias del atrio, no las menos importantes por cierto, desaparezcan para siempre.

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍNEA	DICE	LÉASE
1	1	decembiros	decemviros
47	18	singulas ferculas	singula fercula
48	37	Elegabalus	Elagabalus

